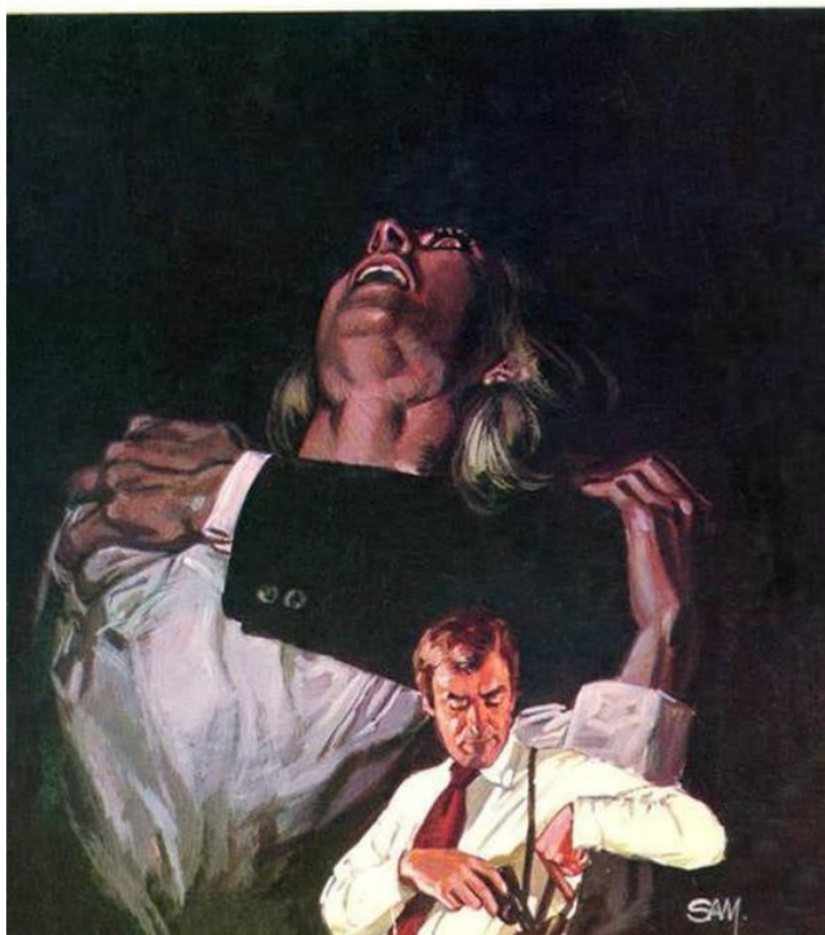
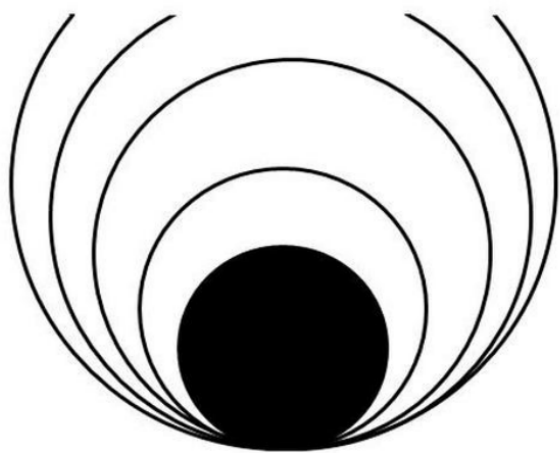




LA MUERTE EN VIAJE DE NOVIOS

Curtis Garland





PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.539 -Peces del infierno.

En Colección **PUNTO ROJO:**

929 -La noche del «samurái».

En Colección **LA HUELLA:**

134 -Pasaje sin salida.

CURTIS GARLAND

LA MUERTE EN VIAJE DE NOVIOS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 931
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 41.508 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: febrero, 1980

© Curtis Garland - 1980

texto

© Jorge Sempere - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

PRIMER LIBRO PESADILLA

CAPÍTULO PRIMERO

Nos casamos en una pequeña población cuyo nombre había olvidado a la media hora justa de efectuada la ceremonia nupcial.

El juez de paz tenía una casita tranquila y solitaria, en las afueras de la pequeña localidad de Nevada donde habíamos parado el coche para contraer matrimonio. En ese estado, los trámites son prácticamente nulos, tanto para unirse uno a una chica como para separarse de ella. El juez tenía ya unos impresos de licencia matrimonial, que él mismo vendía por unos dólares, y con su propia mano rellenó las casillas correspondientes, nos hizo firmar, me entregó un duplicado firmado por él, nos llevó a un gabinete, tomando por testigos a su esposa y a un vecino de gruesos lentes, tan miope como si no tuviera ojos, a juzgar por el grosor increíble de sus cristales.

Pagamos al juez, nos dimos el beso de ritual, y Samantha y yo nos encontramos casados finalmente. Casados, y con toda la carretera por delante, en las llanas tierras de Nevada, abiertas a nuestra inmediata luna de miel.

—Creo que lo decente sería emprender el vuelo hacia Hawai o las Bahamas, para un viaje de novios como el que tú mereces —la dije, al sentarse en el coche.

—Oh, no seas tonto —rió ella, con aquella forma de reír que hundía los hoyuelos graciosos a ambos lados de sus labios gordezuelos y atractivos—. Me encantará recorrer Nevada contigo, y volver luego a Los Ángeles, puedes estar seguro.

—No es un viaje demasiado placentero... —objeté.

—Conoceremos Las Vegas, los casinos... Incluso con un poco de suerte, podremos escuchar alguna canción a Frank Sinatra y ver tragar *whisky* a Dean Martin... ¡Será estupendo, puedes creerme! Cuando vuelva a la cafetería y se lo diga a las chicas, no se lo van a creer.

—Espera, Sam —me había habituado a llamarla así últimamente. Samantha era un bello nombre, pero demasiado largo a veces, sobre todo en la intimidad. «Sam» sonaba un poco a muchacho, pero ciertamente que nadie confundiría jamás a Samantha con un muchacho. No hubiera podido esconder aquellos pechos en ninguna parte, por mucho que hubiera querido hacerlo—. No vas a contar nada a ninguna compañera tuya de la cafetería.

—¿Cómo? —Abrió mucho sus ojos color ámbar, para mirarme perpleja—. ¿Por qué no?

—Porque no habrá trabajo en la cafetería nunca más, ¿entiendes? Te has casado con un hombre que se llama Leslie Lazenby, y desde ahora eres la señora Lazenby, no Samantha Carter. Por tanto, ya no eres la misma chica que conocí en el local. Ni volverás a serlo. Te despides de tu trabajo. Está decidido.

—Pero... pero Leslie, tú no ganas lo bastante para soportar todo el peso de un hogar, de gastos, de un futuro...

—En mi agencia de publicidad hay oportunidades, Sam. Sobre todo, cuando uno necesita y desea de veras llegar más alto. Tengo un jefe comprensivo, que confía mucho en mis ideas. Solicitaré un puesto en su *staff* ejecutivo de grandes campañas publicitarias.

—¿Y si no tienes suerte o no hay ocasión adecuada? —dudó ella.

—Saldrá bien, no lo dudes. Conozco mi trabajo y mis posibilidades. Y sé cómo me consideran en mi empresa.

—Está bien, será lo que tú digas —admitió Samantha, inclinándose sobre mí y besando mis labios ardorosamente—. Oh, Leslie, pensar que somos marido y mujer...

—Sí —asentí—. Ni siquiera yo mismo llego a creerlo, amor.

La rodeé con mis brazos. Ella cayó de espaldas en el asiento de nuestro amplio vehículo. La oí respirar entrecortadamente mientras sus besos se hacían más insistentes y continuados, y su lengua hurgaba mi boca. Recorrí sus formas con mis manos nerviosas. Nos rodeaba el desierto, aparcados allí, entre las luces de la población en cuyas afueras nos habíamos casado, y el que parecía interminable, árido desierto. Mis dedos palparon ardientemente sus duros senos, que emergían de su blusa al haberse soltado un botón del escote, presionado por la turgencia magnífica de aquel busto de mujer, realmente enloquecedor.

Ella me acariciaba, hincando sus uñas en mi nuca y sorbiendo

los besos de mi boca de tal modo, que yo no sabía ya lo que hacía, y sentía bullir mi sangre. Apenas sin darme cuenta, observé que estábamos a punto de pasar nuestra noche de bodas metidos en aquel asiento incómodo, como una pareja furtiva.

—No, Sam —me rehíce, apartándome de su piel ya semidesnuda, y evitando que sus muslos suaves y blancos me aprisionaran irremisiblemente en su dogal de seda—. Aquí no. No es la noche de bodas que imaginé para ambos.

—¿Qué importa eso, Leslie? —musitó ella, algo defraudada, mirándome ansiosamente—. El lugar no cuenta. Somos nosotros, tú y yo... Eso es lo importante. Ahora, y siempre.

—Quizás tengas razón. Pero no quiero que sea así —me erguí, recomponiendo un poco mi aspecto. Supe que era difícil sobreponerme, eludir la tentación. Incluso evité mirar los desnudos globos carnosos del torso magnífico de Samantha, por no ceder a mis impulsos casi irreprimibles—. Vamos. Tiene que haber algún motel cerca, estoy seguro. Pasaremos la noche en él.

—Como quieras —la vi acomodarse junto a mí, bajar sus faldas para cubrir sus piernas, con cierto aire de hosquedad—. Pero sigo pensando que es una tontería, Leslie. Es el momento presente el que cuenta. Se debe vivir este instante, no pensar en un futuro que, por inmediato que sea, puede no existir...

—¿Qué quieres decir? —Gruñí, mirándola ahora de soslayo, mientras ponía el coche en marcha, carretera adelante.

—Nada. No es que tenga que ocurrirnos precisamente a nosotros, Leslie. Pero mucha gente muere en accidente de automóvil durante un viaje. O sufre un ataque cardíaco. Y se queda sin ese mañana que planeaba tan minuciosamente. Así, de súbito.

—Eres demasiado pesimista, Sam —reí de buena gana—. Dentro de una hora o dos estaremos en un confortable cuarto de hotel, tomando una botella de champaña y celebrando nuestra primera noche de matrimonio, ya verás. No va a haber nada que se interponga entre nuestra felicidad y nosotros. Es absurdo pensar cosas terribles.

—Perdona —la oí musitar apagadamente—. Pero yo soy así. Me gusta el momento mismo que estoy viviendo. Detesto el pasado. Y no quiero pensar en el futuro.

—Tú no puedes tener mucho pasado —comenté, burlón.

—Soy joven, Leslie, pero cuando tenga más edad, pensaré lo mismo. Si es que llego...

—Estás tremendamente negativa —moví la cabeza, acelerando en la interminable recta de asfalto que parecía partir en dos la tierra reseca del desierto, salpicado de matojos oscuros. Sobre nosotros, la noche era como un terciopelo lleno de diamantes. Pero la verdad es que era una noche fría y seca, como casi siempre en Nevada—. Tienes toda una vida ante ti. Vívela sin nubes que ensombrezcan tus pensamientos.

—Lo intentaré —sentí su brazo rodeando el mío suavemente, sin dificultarme la conducción—. Creo que tengo que ser muy diferente a partir de ahora, Leslie.

—Se supone que sí —reí mirándola—. Ya eres toda una señora. Nada menos que la señora Lazenby. Confío en que ello te sirva para que veas las cosas con optimismo de aquí en adelante. Será la mejor señal de que esto funciona, querida.

—Dios lo quiera —suspiró ella—. Por mí no ha de quedar, Leslie. Te quiero. Estoy loca por ti desde que te conocí en esa horrible cafetería, lo confieso...

—Siempre dije que era irresistible para las damas —comenté, sarcástico.

—¡Tonto! —rió Samantha, reclinando su cabeza pelirroja en mi hombro—. La verdad es que, bromas aparte, creo que lo eres. ¿Sabes que una compañera mía, Susan Davis, fue la primera que se fijó en ti? Entró en la cocina y nos dijo a las demás: «¡Vaya tipo que ha entrado en el local a tomarse unas hamburguesas, chicas! Está para comérselo...». Yo recuerdo que me reí, y respondí despreciativamente: «Bah. Detesto a los chicos guapos. Son demasiado creídos». Y ya ves: ahora, soy yo quien se ha convertido en tu mujer, y no Susan Davis...

Asentí, con una breve risa. Rodamos algún tiempo, en una llanura monótona y fatigosa, que parecía no iba a cambiar nunca. Ni una luz en el desierto, ni una señal de vida a lo largo de toda aquella prolongación de la Ruta Estatal 15 de California, que desde San Bernardino debía conducirnos, si no la abandonábamos, hasta Barstow y Las Vegas, en Nevada.

—¿De verdad crees que encontraremos algún lugar habitado alguna vez? —dudó Samantha, tras la larga pausa—. Esto se parece

a esas fotografías que ha publicado, la NASA, con paisajes de la luna o del planeta Marte.

—Por fortuna, no dura siempre. Mira, ahí se ve un indicador...

—Aceleré, escudriñé el cartel que aparecía a un lado de la ruta, y cuando los faros hirieron su superficie, pudimos leer en caracteres reflectantes: «Motel. Diez millas». Suspiré, añadiendo—: ¿Lo ves? Estamos cerca. Al menos, habrá algo que comer y beber, y una cama donde acostarnos. Es todo lo que exijo en este momento.

Samantha asintió, esperanzada. Dejamos atrás diez millas de oscura, yerma y aburrida llanura desértica, hasta ver, al fondo de la cinta asfaltada, una parpadeante luz roja, con el mágico nombre:

MOTEL

Más cerca ya, otro indicador reflectante nos anunció:

CACTUS INN

Habitaciones. —Comidas—. Bebidas Servicio ininterrumpido

Era todo lo que podíamos pedir. Metí el coche en el aparcamiento del motel, y unos bajamos con rapidez, estirando las piernas. Llevábamos demasiadas millas encima desde que dejamos atrás Riverside y San Bernardino, rumbo a Nevada.

No había muchos coches aparcados allí. Solamente tres o cuatro dispersos. La luz de la conserjería nos atrajo como la llama a la polilla. Nuestro entusiasmo cedió bastante cuando el conserje, un hombre de edad avanzada, cabellos canosos y revueltos y andares parsimoniosos, respondió a mi pregunta con cierta acritud:

—Lo siento, señor. A estas horas de la noche, sólo nos queda un servicio de sandwiches y bebidas de máquina. Tendrán que conformarse con eso, si quieren tomar algo.

No era lo más adecuado, pero no había dónde elegir. Firmé en el registro, Samantha lo hizo en la página siguiente, porque yo terminaba la anterior con mi firma, y nos entregó la llave de un *bungalow* con el número 5.

—Allí están las máquinas, si quieren —señaló con desgana a un salón inmediato, donde habían sido recogidas las sillas sobre las mesas, y la barra aparecía a oscuras.

Miré a Samantha, me encogí de hombros, guiñándole alegremente un ojo, y comenté:

—No queda otro remedio. ¿Vamos a por nuestro menú de esponsales?

—Adelante —rió ella.

No se podía decir que las máquinas tuvieran mucho surtido. Se podían elegir dos clases de emparedados: unos de queso y otros de pollo y lechuga. La máquina de bebidas ofrecía café, cerveza y cola. Eso era todo.

Elegimos dos emparedados de cada clase y dos botellas de cerveza, y nos fuimos con nuestro bagaje hacia el *bungalow* número 5. El servicio ininterrumpido del Cactus Inn no dejaba de tener su gracia.

Nos cruzamos con una joven en uniforme verde, con el distintivo del motel en su pecho, que iba quitándose la cofia y salía por las puertas oscilantes de una cocina. Nos miró un momento, y se sonrió al ver nuestras viandas, con aire de comprensión. Se perdió, taconeando hacia una puerta trasera, dejando tras de sí un suave aroma a perfume de violetas. Tenía el cabello muy rubio, y los ojos muy claros. Es todo lo que pude apreciar, además de lo bien formado de sus caderas y piernas.

Samantha captó mi interés fugaz por la camarera del motel. Me miró severamente, mientras giraba la llave en la cerradura de la puerta del *bungalow*.

—Creí que los hombres casados no miraban a otras chicas —comentó.

Me eché a reír. Moví la cabeza, abriendo la puerta de par en par. Di la luz, tras buscar el interruptor junto a la puerta.

—Eso es porque no has estado casada nunca antes de ahora —respondí, burlón. Dejé los emparedados y botellas en el suelo, y tomé en mis brazos a Samantha, ante su sorpresa—. Y ahora, bien venida a tu hogar de una noche, querida.

Entré con ella en el recinto. Cerré después, tras recoger las cosas. Ella rió, echándome los brazos al cuello.

—Oh, Leslie —murmuró con voz profunda—. Te quiero tanto...

Esta vez no podía evitarlo. Ni aplazarlo. Tampoco lo deseaba. Caímos en el lecho, olvidándonos de todo refrigerio. Ella era una mujer a quien yo quería y deseaba. Y yo, al parecer, era lo mismo

para ella.

Lo demás, venía por sí solo. Y vino, claro está.

Llevábamos allí tal vez un minuto, o tal vez una eternidad. Habíamos perdido la noción del tiempo. De pronto, una llamada suave en la puerta nos sobresaltó.

Me incorporé en el lecho. Miré el reloj, y luego a Samantha, que suspiraba, tendida bajo mi cuerpo, entre las sábanas revueltas. Habían pasado realmente dos horas desde nuestra llegada al motel.

—¿Quién es? —pregunté.

—Señor, un empleado del motel —dijo una voz varonil—. ¿No le molestaría salir un momento? Tiene su coche mal aparcado...

—¿Yo? —Perplejo, me puse en pie y me vestí apresuradamente, recomponiendo mi cabello lo mejor posible—. Bien, allá voy...

Abrí la puerta. Un joven con chaqueta de cuero de cremallera y pantalón tejano, me miró sonriente y con aire de disculpa en su rostro moreno.

—Usted perdone, señor —dijo—. Me indicaron que el ocupante del *bungalow* cinco era el propietario del coche color mostaza, con franja azul...

—Sí, soy yo —asentí, frunciendo el ceño—. ¿Seguro que está mal aparcado? Creí que lo había dejado bien...

—No, no —el muchacho parecía cohibido por la molestia que me ocasionaba—. Venga y verá, por favor... Bloquea la salida de otro *parking* del motel, donde tengo yo mi coche, señor.

—Está bien, vamos allá —suspiré. Me volví, diciendo a Samantha—: Vuelvo enseguida, cariño.

Ella asintió desde el lecho, que no era visible desde el umbral, a causa de la situación de la puerta en el pequeño recibidor, dirigiéndome un beso con la punta de sus dedos.

Yo caminé tras el joven, cruzando unos parterres y un rectángulo de césped hasta el aparcamiento donde dejara mi coche. El muchacho tenía toda la razón del mundo. Sin darme cuenta, mi coche bloqueaba un pasaje entre dos bloques de *bungalows*, y en éste se hallaba detenido un coche amarillo, del que sólo vislumbré borrosamente la matrícula del estado de Nevada. Lo cierto es que no me había dado cuenta antes, tal vez en la precipitación por tomar alojamiento. Ni siquiera creí haber aparcado allí, pero lo cierto es que así era.

—Disculpe —dije, abriendo la portezuela con mis llaves, que había tomado conmigo en el pantalón al salir—. Lo arreglo enseguida.

—Gracias —respondió el joven con una sonrisa—. Y perdone.

—Vamos, es usted quien debe perdonar —sonreí a mi vez, subiendo a mi coche y maniobrando para situarlo adecuadamente.

En poco tiempo eso estuvo conseguido. El coche amarillo pudo pasar, y el joven se alejó con él, saludando cordialmente desde la ventanilla. Pronto la oscuridad del desierto se tragó materialmente al vehículo.

Regresé al *bungalow* tras cerrar la portezuela del coche. Había dejado también cerrada la puerta del alojamiento, para evitar cualquier riesgo a Samantha en un lugar tan aislado y solitario como aquél. Giré la llave en la puerta y entré decidido.

—Bueno, ya está todo arreglado —sonreí—. ¿Qué tal si reponemos fuerzas un momento, querida?

No me respondió. Entré en el dormitorio. Samantha debía haber entrado al cuarto de aseo, porque no estaba allí. Me asombró su pulcritud. Incluso había estirado la cama, en aquellos minutos de ausencia mía.

—Samantha, ¿estás duchándote o bañándote ahora? —pregunté, abriendo la puerta del cuarto de aseo jovialmente.

La luz estaba apagada. La encendí. El pequeño cuarto cuadrangular no ofrecía escondrijo o resquicio alguno para ocultarse. Sin embargo, estaba vacío. Samantha no estaba allí.

Volví al dormitorio, sorprendido. Me pregunté a qué diablos podía haber salido fuera, durante mi ausencia, puesto que no estaba en el pequeño *bungalow*.

Entonces descubrí lo más sorprendente: no había rastro de su maleta. Y en la mesilla, había solamente una botella de cerveza y dos emparedados. Su reloj de pulsera tampoco estaba allí, aunque recordaba que lo había dejado cuando ambos caímos abrazados en el lecho. Y su bolso de piel de ante brillaba por su ausencia.

Sencillamente, Samantha parecía haberse marchado con equipaje y todo.

CAPÍTULO II

Se había marchado.

Eso no tenía sentido. Pero lo cierto es que no estaba allí.

En el corto periodo de seis a siete minutos como máximo, que había durado mi ausencia del *bungalow*, Samantha se había incorporado, arreglándose sus ropas, estirando la cama de nuevo, había tomado su bolso y su maleta, así como una de las botellas de cerveza y un par de sandwiches, abandonando después el recinto sin decir palabra, sin una despedida.

Sencillamente absurdo. Mi maletín continuaba allí, lo mismo que mi americana. Llevado de un súbito recelo, miré en su interior, descolgando la chaqueta del respaldo de la silla. Hallé mi billetera con todo cuanto contenía: documentos, dinero... No faltaba nada. No se había llevado nada, excepto lo suyo.

Salí del *bungalow* para asegurarme de que había sido así. Miré en torno, tratando de hallar algún rastro de Samantha. Fui hasta la entrada del motel, junto a la carretera. Tampoco allí encontré huella alguna de ella. Miré en todas direcciones. Nada.

Recorrí los jardines, me detuve ante cada *bungalow*, en los dos aparcamientos, en la parte posterior del recinto. Igual. Ni rastro de Samantha.

Resuelto, fui a recepción. Abrí la puerta. El viejo conserje me miró por encima de un periódico desplegado por su página de tiras cómicas. Sus ojos miopes trataron de escudriñarme, posiblemente en vano. No me identificó hasta que estuve ante él, muy cerca.

—¿Desea algo más, señor? —preguntó con voz indiferente, bostezando.

—Sí —dije—. Mi esposa. No está en el *bungalow*. Se ha ido. Seguramente usted la ha visto. Habrá venido aquí...

—Perdone. ¿Quién dice? —me interpeló con aire de extrañeza.

—Mi mujer —repetí pacientemente—. Alquilamos el *bungalow*

cinco, ¿recuerda? Señor y señora Lazenby...

—Perdone, señor. Usted alquiló el *bungalow* número cinco. No vi a ninguna señora. No me dijo que estuviera casado.

—Vamos, vamos, sin duda es usted flaco de memoria —empecé a irritarme—. Vea su libro de registro. Firmamos ambos. Ella tal vez lo hizo con su nombre de soltera, no me fijé. Tenga en cuenta que nos casamos hace sólo unas horas.

Me estudió como si yo fuese un bicho raro. Pacientemente, lanzó un resoplido, dejó el periódico sobre la mesa y se puso en pie, caminando hacia el mostrador con desgana.

—Siempre tiene que haber problemas por la noche —rezongó—. Si no bebieran ustedes tanto, los que se alojan aquí a estas horas, maldita sea...

No quise contestarle la barbaridad que se me ocurrió. Me preocupaba demasiado Samantha como para preocuparme a la vez por aquel tipo perezoso y malhumorado.

Abrió el libro, pasando las hojas con desesperante lentitud. Al final, alisó una página, y su dedo la recorrió de arriba abajo. Tenía las uñas tan sucias como si nunca se las hubiera aseado. Al fin se detuvo en un punto.

—Aquí está —dijo sordamente—. Lazenby. Leslie Lazenby, de los Ángeles...

—Exacto —me impacienté, inclinándome sobre el libro—. El último en la página. Y en la siguiente escribió mi esposa...

Me detuve, perplejo. Miré atónito la página siguiente. En blanco. Totalmente en blanco. Ni una firma, ni un nombre. Nada todavía.

—¿Dónde? —preguntó el conserje—. Yo no veo nada, señor.

—Tal vez se desprendió la hoja —argumenté, exasperado—. ¡Ella firmó ahí!

—Hum... —Me miró, con aire de enfado, y luego giró bruscamente el libro de registro, plantándolo ante mí—. Véalo usted mismo, señor. Las hojas van numeradas correlativamente, con números impresos. Página cuarenta y dos, página cuarenta y tres... ¿Correcto?

Desgraciadamente, sí. Era correcto. Página cuarenta y dos, a cuyo final había yo firmado. Página cuarenta y tres: en blanco por completo. Como si nadie hubiera firmado allí.

—¡Pero ella firmó *ahí*! —rugí, exasperado, dando un puñetazo

en el mostrador.

El rostro cansado del viejo conserje reveló ahora inquietud. Me miró, receloso, y le vi alargar el brazo hacia el teléfono.

—Si quiere alguna reclamación, señor, llame a la policía. ¿O la llamo yo? —me invitó, con significativa intención.

La policía... Era un recurso, pensé. Pero no aún. Tenía que apurar todas las posibilidades. Absolutamente todas.

—Está bien, algo ha ocurrido con ese maldito libro, no sé lo que puede ser —pasé con rapidez varias hojas, por si Samantha se las había saltado al escribir, pero todas eran correlativas y estaban también en blanco—. Pero usted tiene que recordar a mi esposa. Es pelirroja, estatura media, buen tipo, falda azul, blusa blanca... y una chaqueta de lana también azul, más intenso... Entró conmigo.

—Lo siento, señor —me miró fríamente con sus ojillos empequeñecidos por el grosor de los cristales—. Yo sólo le recuerdo a usted. Y no me dijo que fueran matrimonio. Tal vez la señora se quedó fuera, no lo sé.

—¡Miente! —rugí, indignado, zarandeando al hombre, a quien aferré sin piedad por el cuello de su vieja y sucia camisa a rayas—. ¡Usted la vio, usted vio cómo firmaba, nos entregó la llave, y el *bungalow* es de dos camas, para dos personas!

—Suélteme, señor, o tendré que avisar a la policía. Aquí todos los *bungalows* son de dos camas, aunque se alquilen a personas solas... ¿Va a soltarme o prefiere que le arresten por acciones violentas?

Le solté. Pero esta vez fui yo quien, bruscamente, alargó la mano hacia el teléfono, con expresión que sin duda debía de reflejar mi furia.

—Deme ese teléfono —ordené—. Quiero llamar a la policía.

Me miró, arreglando su arrugada camisa. Balbuceó algo, y encogiéndose de hombros puso el teléfono sobre el mostrador.

—Aquí lo tiene —dijo—. Pida a la centralita por la oficina del *sheriff*. Eso bastará, señor.

Descolgué el teléfono. Una voz femenina me interpeló, soñolienta.

—Por favor, con el *sheriff*. Es urgente —pedí—. Llamo desde el Cactus Inn, en la carretera de California.

—Un momento, por favor —pidió la telefonista, algo más

animada—. No se retire.

Cuando llegó el *sheriff* al motel, ya había consumido yo seis cigarrillos, pese a que no tardó demasiado. Vi detenerse el coche oficial, con las insignias de la autoridad en sus portezuelas, sobre el nombre del Condado, que era el de Clark —el mismo al que pertenecía la ciudad de Las Vegas—, y los faros barrieron los cristales de la entrada a la recepción del local. Un hombre se quedó al volante. Otro, vistiendo uniforme *beige*, con correa y revólver en su funda y sombrero vaquero, entró en el recinto, empujando la puerta.

Era un hombre fornido, musculoso, de unos cuarenta años de edad como máximo, pelo castaño intenso, ojos pardos, fríos y escudriñadores, nariz algo halconada y boca de labios delgados y prietos. Me miró, pensativo, estrechó mi mano con fuerza, y se presentó, tocándose el ala del sombrero:

—Soy Derek Cole, *sheriff* del Condado de Clark. Solamente los asuntos especiales que afectan a la ciudad de Las Vegas requieren la intervención de la policía de esa localidad. Yo me ocupo de las cuestiones rurales. ¿Qué es lo que ocurre con su mujer, señor Lazenby?

Se lo conté en pocas palabras. Me escuchó atentamente. Miró luego al conserje, que se apresuró a menear la cabeza en sentido negativo.

—Yo no la vi en ningún momento, *sheriff* —protestó—. Pero él dice que sí. También asegura que firmó el libro de registro y no es cierto. Véalo por sí mismo.

El *sheriff* examinó todas las páginas. Observó que mi nombre era el último de la página cuarenta y dos, y estudió a la luz, minuciosamente, la página siguiente y las demás que la seguían. Alzó la cabeza. Enarcó las cejas y me miró.

—¿Dónde está esa firma, señor Lazenby? —quiso saber.

—Es lo que yo me pregunto. No estoy loco, *sheriff*. Ni borracho.

—Yo no he dicho eso —repuso cautelosamente—. Ben es un viejo conocido, y nunca ha mentido, que yo sepa. Ben, ¿estás totalmente seguro de no haber visto en absoluto a la esposa de este caballero?

—Totalmente, *sheriff* —afirmó el conserje con energía.

—¡Está mintiendo! —rugí—. ¡Juro que la vio cómo ahora nos

está viendo a ambos! ¡No puede haberla olvidado! ¡Ella es pelirroja, joven, bonita, llamativa...!

—De haberla visto, señor, tampoco me hubiera fijado en exceso —suspiró el conserje—. Soy tremendamente miope. Sólo veo borrosamente caras y figuras. Pero las veo, eso sí.

—Empiezo a preguntarme si, en vez de miope, es ciego, sordo y estúpido —gruñó.

—Está bien, está bien —terció conciliador el *sheriff* Cole—. Cálmese, señor Lazenby. Con gritos y con insultos no vamos a ninguna parte. Veamos, ¿puede mostrarme su *bungalow*, por favor?

—Claro —asentí—. Pero no verá nada especial. Ella se llevó sus cosas al desaparecer.

—De todos modos, vamos.

Le precedí, hasta el número cinco. Lo abrí, había dejado las luces encendidas. Mostré todo el recinto vacío, donde por un momento había tenido la esperanza remota de hallar a Samantha, sana y salva, de regreso de su inexplicable viaje.

Naturalmente, no era así. Seguía sin haber el menor rastro de ella. Ni de sus cosas.

Derek Cole examinó todo atenta, minuciosamente. Las pisadas de sus botas en el suelo del *bungalow* sonaban con reciedumbre. Sus ojos no parecían perderse detalle alguno.

Miró la botella de cerveza y los emparedados. Me apresuré a explicarle:

—También debió llevarse eso. Había dos botellas y cuatro emparedados, *sheriff*.

—Entiendo. ¿Qué más cosas tenía ella de su propiedad?

Me tranquilicé. Hacía preguntas normales, como dando por sentado que ella existía y no era un producto de una mente enferma.

—Un bolso de ante azul, como su falda. Y una maleta gris, no muy grande. Era todo su equipaje.

—Ya —se volvió a mí, tras echar una ojeada al cuarto de aseo—. Ahora dígame los demás detalles. ¿Cuándo iniciaron ustedes este viaje?

—Esta mañana en Los Ángeles. Nos casamos por el camino. Y decidimos pasar aquí la noche de bodas.

—Extraña luna de miel —comentó, volviendo a arquear sus

cejas en un gesto que, sin duda, era característico en él cuando se sentía perplejo por algo.

—Le explicaré. Soy publicista en Los Ángeles. Ella era camarera en una cafetería. Nos conocimos cuando yo almorzaba allí algo rápido. Salimos un par de veces. Me enamoré de ella, y ella de mí, al parecer. Le hice la proposición de aprovechar mis vacaciones actuales para hacer un viaje de novios informal e improvisado. Aceptó, radiante. Salimos de Los Ángeles por la ruta 15. Al paso por una pequeña población, repostamos gasolina y nos casamos, siguiendo hasta aquí para pernoctar. Mañana teníamos pensado seguir hasta Las Vegas y pasar allí unos días, antes de continuar viaje.

—Dice que se casaron en pleno viaje...

—Sí, así es.

—Enséñeme su certificado de matrimonio. Supongo que le darían uno, ¿no?

Lo había olvidado. El certificado de matrimonio del juez de paz. Ciertamente. Era la evidencia cierta de que había llegado en compañía de una mujer al motel. Hacía sólo unas pocas horas de esa ceremonia.

—Un momento —pedí, tomando de nuevo mi chaqueta para buscar el documento.

Revisé todos los bolsillos. Abrí el billetero y lo vacié. Todo en vano.

El certificado de matrimonio no estaba allí.

—Pero... pero si tenía que estar... —murmuré, lívido, buscando también en mis pantalones.

—¿No lo guardaría ella? —me sugirió Cole, sin quitarme los ojos de encima.

—No, no —rechacé—. Lo recuerdo muy bien. Lo recogí yo. Estaba en un bolsillo de la chaqueta, podría jurarlo.

—Pero no está.

—No, no está —murmuré, desolado.

El *sheriff* no alteró su semblante. Parecía reflexionar sobre algo. De pronto me dijo:

—Seguro que, por los detalles que me ha dado, la boda se celebró en este estado.

—Sí, sí —corroboré—. En Nevada.

—¿Cuándo, exactamente?

—Esta misma noche. Sobre las ocho.

—Bien. ¿En qué población se casaron?

Parpadeé. No tenía ahora la menor idea. Y así se lo manifesté. Eso no decepcionó al *sheriff*. Mirándome con fijeza, volvió a la carga:

—¿Sabría ir allí, cuando menos?

—Sí, claro que sí —mi mente se iluminó—. ¿Usted se prestaría a venir conmigo y comprobar que todo esto es cierto, *sheriff*?

—Tengo que hacerlo, señor Lazenby. Usted está en mi Condado, ha pedido ayuda a la Ley, sostiene que su esposa desapareció de repente esta noche, y en este motel aseguran que usted vino sólo hasta aquí. Debemos, ante todo, comprobar que su versión de los hechos es cierta, para seguir investigando el resto y tratar de hallar a su esposa. Pero si ni siquiera tengo evidencia de que ella existe, ¿cómo podría buscarla?

—Tiene razón —afirmé con renovada esperanza—. Vamos cuanto antes. ¿Les conduzco en mi propio coche?

—No, no. Deje su coche donde está. Luego lo examinaremos. Ahora, yo le conduciré hasta ese lugar. Con la sirena funcionando se viaja más deprisa.

Salí con él. Al llegar a su automóvil me presentó a su conductor como su ayudante, el comisario Elliott Robbins. Era un joven espigado y rubio, que me dirigió una inclinación de cabeza, al poner en marcha el coche.

Rodamos a velocidad vertiginosa por la carretera del desierto. La verdad es que maldita la falta que hacía la sirena, porque sólo nos cruzamos con tres o cuatro coches que redujeron prudentemente su velocidad al ver el coche del *sheriff*.

—¡Ahí es! —afirmé, señalando unas luces que emergían en la oscuridad ante nosotros.

—Searchlight —citó entre dientes el *sheriff* Cole—. Lo imaginaba. Se desviaron de la ruta de Los Ángeles a Las Vegas, por lo que veo. Esa población queda fuera del trazo de la Carretera 15 de California.

—Sí, tomamos por otra ruta menos frecuentada durante el día. Nos desviamos, para tomarla otra vez después, cerca de Boulder City, camino del motel. Comimos en un sitio fronterizo muy aislado. Luego repostamos gasolina también ahí, en... ¿Searchlight, ha dicho

usted?

—Ahí estamos, en efecto —me miró por el retrovisor—. ¿Recuerda el emplazamiento de la vivienda del juez que les casó?

—Sí —afirmé, mientras el comisario Robbins reducía velocidad—. Es por ahí, a la derecha. Un sendero polvoriento, y luego una pequeña alameda. Yo le indicaré.

Poco después, nos deteníamos ante la casita del juez de paz ante el que Samantha y yo nos habíamos convertido en marido y mujer. Frenaron el coche. Cole salió, abriendo la portezuela posterior.

—Vamos, señor Lazenby —pidió.

Le seguí hasta la puerta de la casa del juez. Él golpeó la madera con fuerza. Dentro de la casa hubo movimiento. Una luz se encendió arriba.

—¿Quién es a estas horas? —preguntó una voz bronca.

—Nadie que venga a casarse, juez —respondió Cole—. Es la ley. *Sheriff* Cole, del Condado. Abra, por favor.

Oí gruñidos, arrastrar de pisadas y, finalmente, otra luz brilló detrás de la puerta. El juez entreabrió, sin soltar la cadena. Cole, sonriente, le mostró su distintivo y su credencial, aunque yendo con aquel uniforme no había dudas sobre su persona.

—Un momento, *sheriff* —pidió el juez, despeinado y con ojos cargados de sueño—. Ya le abro.

Franqueó al fin la entrada a ambos. Nos hallamos en el mismo vestíbulo en que pocas horas antes estuvimos Samantha y yo esperando los trámites legales de nuestra boda. El juez nos saludó indiferente con la cabeza, sin aparentar fijarse especialmente en mí.

—Juez, estamos aquí para aclarar algo —dije con espontaneidad—. Yo soy, como recordará, el hombre a quien usted...

—Un momento —me cortó Cole con energía en su voz—. Deje que yo lleve las cosas a mi modo, para evitar confusiones. Señor juez, este caballero que me acompaña ha denunciado la desaparición de su esposa esta misma noche. Hay quién afirma que él viajaba solo. Pero él sostiene que una mujer le acompañaba, la misma con quien usted le casó esta noche, a las ocho aproximadamente. Quisiera ver la copia del certificado de matrimonio del señor Lazenby, para comprobar que su denuncia es cierta. Por eso estamos aquí.

—¿Certificado de matrimonio? ¿De hoy? —preguntó el juez, con

expresión perpleja.

—Sí —insistí—. Tiene que recordarme. Leslie Lazenby. Y ella, Samantha Carter. Pelirroja, muy atractiva... Su esposa y un vecino hicieron de testigos.

—Sí, eso es lo habitual, pero... hoy *no* he celebrado boda alguna, señor —me replicó, contundente—. Tiene que estar en un error. Y tal vez ni siquiera fui yo quien les casó. No le recuerdo en absoluto, créame.

Sentí un repentino escalofrío recorriendo mi espina dorsal.

No, aquello no podía ser cierto. El horror no podía llegar tan lejos. Claro que el juez era un hombre mayor, un hombre tal vez olvidadizo, despistado, nada fisonomista... Tenía que ser eso.

—¿Ocurre algo, querido? —Sonó una voz femenina en la escalera. Y la señora del juez apareció, anudándose una bata en torno a la cintura.

—Una simple investigación rutinaria, señora —se expresó el *sheriff* cortés, dando vueltas a su sombrero entre las manos—. ¿Recuerda usted a este caballero?

Ella me miró, avanzando hasta plena luz. Yo también a ella. La recordaba muy bien. Y ella tenía que recordarme. Sus ojos claros me estudiaron largamente. Su rostro de mujer madura no reveló ninguna emoción al responder:

—Lo siento. No le recuerdo, *sheriff* ¿Quién es?

—Asegura que su esposo le casó esta misma noche, sobre las ocho. Y usted fue testigo de la ceremonia.

—¿Casarle? ¿Esta noche? —Ella meneó su canosa cabeza negativamente—. Imposible. Hoy no ha habido aquí matrimonio alguno. Hace al menos seis días que mi esposo no casa a nadie.

Cole me miró sin decir nada. Vi en su rostro una expresión elocuente, pero todavía insistió, mirando al matrimonio:

—Por favor, ¿puedo revisar su archivo de certificados de matrimonio hasta el día de hoy?

—Claro, *sheriff* —asintió el juez—. La Ley cuenta siempre con todo mi apoyo. Venga, por favor. Usted también, señor. Me gusta dejar las cosas bien claras...

Nos condujo a su despacho. El mismo donde nos casó a Samantha y a mí. No había el menor error posible. Hubiese querido gritar, clamar, abofetear a aquella gente. Pero si hacía tal cosa, el

sheriff me arrestaría por escándalo y agresión, e incluso tal vez terminase en un centro psiquiátrico. Tenía que guardar la compostura. Ahora no podía fallar. Tenía que haber una copia de ese certificado, un registro en su libro de bodas...

Abrió un archivador y extrajo un legajo con la fecha del año en curso sobre su lomo.

Igualmente puso un volumen sobre su mesa. Encima de la tapa, se leía:

«BODAS»

Cole abrió el legajo, revisando todos los certificados de matrimonio hasta el último. Frunció el ceño, señalándome el que figuraba en último lugar.

—Mire, Lazenby —dijo—. Tiene fecha de la pasada semana. Justamente seis días, como dijo el juez.

—Habrás olvidado incluir el de hoy —repliqué vivamente—. Tiene que haber una copia, la que él se quedó.

Cole no dijo nada. Abrió el volumen. En su última hoja escrita, figuraban al menos dos docenas de parejas alineadas por orden de fechas. Los ojos de Cole se fijaron en la última línea. Me la mostró con dedo rígido.

—Vea. La última boda. La misma del archivo. Tiene seis días de antigüedad. Nada de hoy. Ningún Lazenby en los archivos. ¿Qué me dice ahora, Lazenby?

—Esto es un disparate —mascullé, angustiado—. Una locura sin sentido. ¡Yo me casé *hoy* y aquí! ¡Este juez me unió a Samantha Carter, y su esposa fue testigo! ¡Lo juro, *sheriff*, lo juro! ¡Tienen que creerme!

El juez, su esposa y el *sheriff me* miraban casi compasivamente. Pedí a voces que llamaran a su vecino.

—Él tiene que recordar... —Me enjugué el rostro—. ¡Él no puede haberse olvidado!

—Muy bien —resopló Cole, infatigable—. Adelante con eso. Pero si no resulta, ¿qué otra intentona le queda, Lazenby?

—No sé... —gemí—. No sé...

El vecino fue requerido a nuestra presencia. El mundo se me vino encima cuando negó tranquilamente, asegurando que desde

seis días atrás, no acudía a ser testigo de boda alguna.

Sencillamente, para todos ellos, para el mundo que me rodeaba, Samantha no había existido nunca. Y nuestra boda tampoco.

CAPÍTULO III

—¿Y ahora, qué?

No respondí enseguida. Estaba encogido, anonadado dentro del coche. El comisario Robbins me miraba por el retrovisor. Cole contemplaba el exterior, como si la noche y las luces de Searchlight fuesen mucho más importantes para él que mi persona.

—Todos están locos —jadeé—. Todos mienten, *sheriff*. Esto no tiene sentido. Yo sé que me casé con Samantha. Sé que ella existe, que entró conmigo en aquel motel... y que, de repente, desapareció sin dejar rastro.

—Hay una versión más fácil de aceptar y más lógica —comentó Cole—. Que sea usted el que miente y los demás los que dicen la verdad.

—¡Pero es que no es así! —clamé, exasperado.

—¿Quiere decirme que el conserje de noche del motel, el juez de paz y su esposa, y hasta un vecino, habitual testigo de ceremonias nupciales, mienten para dañarle a usted? ¿Qué relación puede haber entre todos esos personajes?

—No lo sé. Pero hay alguna que les hace decir lo mismo: una gran mentira.

—Lo creería si hubiese una prueba, una sola, Lazenby. Usted no me parece un demente ni un visionario, la verdad. Pero las evidencias en su contra son aplastantes. Nadie recuerda nada. Nadie le ha visto. Esa boda no figura en documento alguno, lo mismo que el registro de su esposa en el motel. ¿Qué quiere que haga? ¿Encerrar a toda esa gente sólo porque usted les acusa de falsarios?

—Dios mío, pero ¿qué está ocurriendo? —murmuré, hundiendo el rostro entre las manos—. ¿Por qué sucede todo esto? ¿Qué ha sido de ella, de Samantha?

Nadie me respondió. Cole se dirigió a su ayudante.

—Volvamos, Robbins. ¿Hay suficiente combustible en el

depósito para regresar?

—Sí, *sheriff* —afirmó el joven, poniendo el motor en marcha.

Pegué un respingo.

—¡Un momento! —clamé—. Está el último testigo, la última oportunidad...

—¿Cuál? —indagó pacientemente Cole.

—La gasolinera. A la entrada de este pueblo. Repostamos allí esta noche. El joven que nos llenó el depósito debe recordarlo. Es más, acompañó a mi esposa... bueno, a la que aún no era mi esposa, al teléfono de su despacho, porque no funcionaba el público de la cabina, para que ella telefonease a su familia, a Los Ángeles...

—Muy bien —suspiró Cole—. Adelante, Robbins. Vamos a esa gasolinera...

Viró el coche. Y nos dirigimos al puesto de aprovisionamiento de combustible donde repostáramos aquella noche. Allí tenían que acordarse. Evoqué la escena. Incluso había advertido cómo el joven empleado miraba de reojo las curvas de Samantha, impresionado por sus encantos. Y esas cosas no se olvidan fácilmente en pocas horas.

Pronto vimos las luces del surtidor, una vez cruzado el silencioso pueblo dormido. El coche se aproximó hasta detenerse ante el mismo despacho pequeño y repleto de latas de aceite, combustibles y repuestos, al fondo de la edificación porticada. Un hombre salió del interior limpiándose las manos, y miró con atención al coche recién detenido. La vista del distintivo de la Ley pareció tranquilizarle, dado lo desierto del paraje y lo avanzado de la hora.

El *sheriff* y yo saltamos del coche. Me quedé mirando al hombre de la gasolinera.

—No es él —dije.

—¿Cómo? —preguntó vivamente Cole, volviéndose hacia mí.

—Que no es el mismo. No el que nos sirvió, *sheriff*. Aquél era más joven, más alto. Vestía el mismo «mono» azul, pero no éste.

—¿Qué me dice a eso? —Cole se volvió el empleado.

—Decirle ¿de qué, *sheriff*? —Se mostró sorprendido el empleado.

—Este caballero estuvo anteriormente aquí a repostar gasolina en su coche. ¿A qué hora, Lazenby?

—Sobre las siete y media a ocho menos cuarto —recordé.

—¿De la tarde?

—Sí.

—Lo siento —meneó su cabeza, grasienta y sucia como el suelo de la gasolinera—. Se debe equivocar, señor. Llevo aquí desde las dos de la tarde de servicio. Y no recuerdo haberle servido a usted.

—¿Usted no se ha movido ni un solo momento de su puesto? —insistió Cole.

—En absoluto, *sheriff*, salvo para tomarme un bocadillo y una cerveza aquí dentro, o para ir al lavabo. El tráfico no es muy abundante por aquí. En todo el día habré atendido cosa de una treintena de coches. Por tanto, recordaría a ese señor si hubiese estado aquí, no le quepa duda.

—Su coche es color... —Se volvió a mí, interrumpiéndose—. Por cierto, Lazenby, ¿de qué color es su coche?

—Mostaza, con una franja azul horizontal en las portezuelas —expliqué, confuso. Miré al empleado—. Pero es inútil, *sheriff*. Él no estaba aquí cuando reposté gasolina. Era un joven alto, moreno, muy pulcro. Ayudó a mi mujer... bueno, entonces mi novia aún... a telefonar a su domicilio en Los Ángeles. Esa cabina estaba estropeada, y él ofreció el teléfono de su oficina.

—¿Estropeado el teléfono de esa cabina dice? —el empleado me miró hoscamente y señaló con un dedo sucio de aceite de lubricar hacia el encristalado cubículo de la gasolinera—. Usted no sabe lo que dice, señor, con todos mis respetos. Funciona perfectamente. Todo el día ha funcionado.

—¿De veras? —Cole me miró fijamente un momento. Luego me invitó—: Vamos. Probaremos usted y yo, Lazenby.

Tiró de mi brazo, llevándome a la cabina. El hombre se quedó mirándonos, mientras se limpiaba incesantemente las manos sucias de grasa.

Entró en la cabina. Me pidió un par de monedas y las introdujo en la ranura, marcando un número. Esperó. Tenía sus cejas arqueadas, como le era habitual al concentrarse en algo, y no dejaba de mirarme. Oí el chasquido en el auricular. Luego una voz apagada. Las cejas de Cole se unieron, arrugándose su frente.

—Hola, Patsy —saludó—. Soy yo, Derek, querida, sí, sólo te llamaba para comprobar un teléfono. No ocurre nada especial. Confío en poder ir a dormir pronto. Hasta luego.

La voz femenina llegó a mis oídos diciéndole algo que no

entendí. Él colgó, y se quedó inmóvil bajo la luz azul de la cabina.

—Pues funciona, Lazenby —dijo—. Ya lo ha comprobado. ¿Quiere llamar usted a alguien?

—Sí, por favor —pedí—. No trato de comprobar nada. Quisiera saber si en el motel... saben ya algo de Samantha...

—Está bien, adelante —gruñó—. Marque el número que indican ahí. Es la centralita de la zona. Le pondrán con el motel.

Lo hice, siguiendo sus consejos. Una voz perezosa, la del conserje de noche, se puso al aparato. Le pregunté, tras identificarme.

Su respuesta me llegó seca, casi hostil. Evidentemente, yo no le era simpático, después de acusarle de mentiroso:

—No, señor. No ha vuelto nadie, porque nunca hubo nadie, excepto usted.

Y colgó sin más. Me quedé con el teléfono en la mano. Lo colgué despacio. Cole carraspeó desde la puerta de la cabina.

—Supongo que todo sigue igual, ¿verdad? —comentó.

—*Sheriff*, usted no me cree ya una palabra —me quejé.

—Estoy intentándolo, Lazenby —replicó calmoso—. Y me es bastante difícil.

—Lo sé, lo sé. No entiendo lo que está ocurriendo aquí, pero tiene que haber algo raro, algo criminal, estoy seguro. Un complot, quizá.

—¿Un complot? —Mostró su escepticismo encogiéndose de hombros—. ¿Con un juez y su esposa de cómplices? ¿Y con un mozo de gasolinera?

—Ése no es el mozo que yo vi —insistí, furioso.

—Está bien. Quizá se ausentó, dejando a alguien, y no quiere reconocerlo —suspiró Derek Cole—. Es todo lo que se me ocurre pensar. Pero ¿cree que si localizásemos al otro empleado de la gasolinera, obtendríamos algo en claro?

—Estoy seguro —gemí—. Él la vio, la siguió con la mirada... Parecía impresionado por su atractivo... Me refiero a mi mujer.

—Espere un momento —se frotó el mentón, soltando un resoplido—. Voy a intentar algo más por usted. Quizá sea lo último que haga.

Volvió al teléfono. Le tendí monedas, intuitivamente, y me lo agradeció con un gruñido. Le vi pedir la centralilla. Y solicitó el

número de la compañía que explotaba las gasolineras del Condado de Clark. Le dieron el dato, y pidió conexión.

Esperó un rato. Finalmente, alguien se puso al teléfono, pese a lo intempestivo de la hora. Oí hablar al *sheriff*, e imaginé las respuestas:

—¿Compañía de Gasolineras Acme? —indagó—. Bien... Aquí el *sheriff* de Clark, Derek Cole. Deseo una información sobre el empleado de tarde y noche de la gasolinera de Searchlight. Su nombre y demás datos. Su horario de servicio, y el turno que cubrió entre ayer y hoy. Sí, espero...

Una pausa. El teléfono se tragó la moneda. Le tendí las últimas que conservaba. Las puso en el aparato. La pausa se prolongó. Al fin, volvió a hablar:

—¿Sí? Sí, exacto. *Sheriff* Cole, de Boulder City, Condado de Clark... Sí, lo anoto. Un momento.

Sujetó el auricular entre la oreja y el hombro, y escribió con rapidez, usando su bolígrafo y su bloc de notas. Al final dio las gracias y colgó.

—Vamos ahora —dijo sordamente—. Comprobaremos esto, Lazenby. No nos queda más por hacer aquí, después de todo.

Volvimos junto al empleado de la gasolinera. Sin mencionar nada, Cole le habló con tono oficial:

—El teléfono funciona, en efecto. ¿No estuvo nadie a repararlo?

—No, nadie. Ya le digo que funcionó todo el día, *sheriff*. Este hombre debe confundir la gasolinera con alguna otra. No sé lo que le pasa, pero nada de cuánto dice es cierto.

Me contuve, porque Cole me apretó el brazo con fuerza. Luego solicitó del empleado:

—Por favor, deme datos de su horario de trabajo, su nombre, dirección y todo eso. Es simple rutina. Pero si este caballero quiere formular alguna denuncia contra la gasolinera, tendré que disponer de esos datos suyos.

—Está bien, si se ha propuesto fastidiar a todos, allá él con sus consecuencias —y me miró como si yo fuese el enemigo público número uno—. Mi nombre es Adam Isaacs, y vivo en Searchlight. Le daré mis señas. Vea mi documentación, *sheriff*.

Entró en la oficina, regresando con una billetera. Mostró sus documentos a Cole. Éste comprobó la fotografía que debía figurar

allí con el rostro del empleado, asintió, y le devolvió el billetero, tras anotar los datos en una hoja del bloc.

—Es todo de momento, gracias —dijo guardando el bloc con un suspiro. Se volvió a mí—. Vamos, Lazenby. Como verá, nada podemos hacer ya aquí.

—¡Pero yo estuve esta pasada tarde aquí, con mi mujer, y no era él quien nos atendió! —insistí, irritado.

—Eso ya me lo contó —la calma de Cole parecía infinita—. Ahora debemos regresar al motel. Luego, si quiere, formule la denuncia en Boulder City. Será lo mejor, créame. Este hombre tiene en regla su documentación, y su horario de servicio coincide con el dado por la Compañía. Si estuvo aquí todo el tiempo, como afirma, usted no pudo ver a otra persona en su lugar.

—Cierto —corroboró el empleado—. Trabajo sólo en esta gasolinera. No hacen falta más, dada la escasez habitual de tarea.

—¡Pero tuvo que faltar siquiera diez minutos! —clamé—. ¡Trate de recordarlo! ¡Alguien le suplió en el trabajo durante ese tiempo, cuando nosotros nos detuvimos aquí!

—Si es eso lo que va a denunciar, señor, tenga mucho cuidado —habló fríamente él—. Puedo demostrar lo que dije, y usted no. No tengo por qué engañarles, e insisto en que es cierto cuánto digo. Tal vez esté usted chiflado, amigo, y necesite un psiquiatra.

—¡Maldito bastardo! —rugí, perdido ya el control de mí mismo—. ¡Le debería a aplastar la cabeza por lo que dice, embustero del diablo!

Y me arrojé sobre él, dispuesto a cumplir mi amenaza.

Cole me detuvo a tiempo, sujetándome con sus férreos brazos musculosos hasta casi hacerme daño. Vi salir corriendo del coche a su ayudante, Elliott Robbins, para echarle una mano si hacía falta. Pero la verdad es que maldito lo que necesitaba él de nadie. Podía controlar por sí solo una situación. Yo no soy un tipo flojo, y sin embargo me sentí inmovilizado por una presa enérgica del *sheriff* del Condado de Clark.

—Bueno, bueno, Lazenby, ¿qué tal si nos tomamos las cosas con calma, sin recurrir a la violencia inútilmente? —Me calmó con tono apacible, aunque sin dejar de presionar sobre mis brazos.

Contraje el rostro con dolor y me volví, mirando aviesamente a Cole, que incluso se dignó sonreírme, aunque sus ojos aparecían con

un brillo duro y frío, de luchador nato.

—Como quiera —jadeé—. Ya me calmo, *sheriff*. Debe perdonarme...

—Es mejor que se lo lleve lejos de aquí —se quejó el empleado de la gasolinera—. No me fío de ese tipo, *sheriff*.

—Está bajo una fuerte impresión, debe disculparle —comentó Cole brevemente. Y tiró de mí hacia el coche, mientras Robbins permanecía a la expectativa—. ¿Me promete no hacer más tonterías, Lazenby?

—Sí —dije roncamente—. Tiene mi palabra.

—Eso está mejor —me soltó, lanzó un jadeo, y se movió hacia el automóvil—. Creo que debemos regresar ya. No queda nada por hacer en Searchlight, a menos que usted quiera darnos otro paseo inútil.

—No, como usted dice, ya no queda nada —me lamenté amargamente. Aferré mis sienes mientras subía al coche oficial de nuevo—. Dios mío, ¿qué está ocurriendo aquí? Es para volverse loco...

—Calma, amigo —me aconsejó el *sheriff*, sentándose a mi lado—. Le voy a llevar primero a Boulder City. Está solo a quince millas del motel. Allí podrá presentar su denuncia oficial por la desaparición de su esposa, si es eso lo que desea.

—*Sheriff*, lo que deseo es encontrarla, demostrar que existe, que yo no estoy demente. Y, sobre todo, saber lo que le ocurre, por qué ha desaparecido...

—De momento, lamento decirle que, para nosotros, la ley, Samantha Lazenby no existe, por la sencilla razón de que no tenemos evidencia alguna de su existencia real, y menos aún, de su presencia en el estado de Nevada. Pero ella tenía su nombre de soltera, ¿no es cierto?

—Sí, Carter. No había motivos para una ruptura así. Era sincera al decir que me amaba, estoy seguro.

—Lazenby, ¿no será que usted y ella vivían juntos, sin estar casados, ahora teme decir la verdad, y se ha inventado toda esa historia del juez de paz, la boda y el registro juntos en el motel? Eso explicaría muchas cosas, aunque no lo de la gasolinera, salvo que Isaacs, el empleado, mintiera sobre su ausencia injustificada del trabajo. Así, las piezas empezarían a encajar. Ella, su compañera, se

habría arrepentido algo tarde, y le abandonó a la primera ocasión para regresar a su casa, a su trabajo de Los Ángeles... Entonces tendríamos una historia concreta y verosímil sobre la cual trabajar.

—No lo dudo. Pero yo me casé con ella esta noche, *sheriff*. Eso no lo cambia nadie, como nadie puede cambiar que entró conmigo en el motel y firmó en el registro.

—Está bien —resopló Derek Cole con aire de fatiga—. Sólo intentaba darle algún sentido a todo esto.

—No lo tiene, se lo aseguro. No tiene el menor sentido lo que está pasando. Y temo por Samantha. Estoy seguro de que algo o alguien la obligó a salir del *bungalow*, desapareciendo.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted fuera del *bungalow*?

—Unos minutos. No más de siete u ocho.

—¿Adónde fue?

—A cambiar de aparcamiento mi coche, porque sin yo advertirlo, lo había dejado en mal sitio, e impedía a otro coche salir del segundo *parking*.

—¿Le avisaron del mismo motel para que lo hiciera?

—No. Llamó a la puerta el propio interesado, el conductor del coche afectado. Era un joven con cazadora de cuero oscuro. Y su coche era amarillo, lo recuerdo bien.

—¿Amarillo? ¿Con matrícula de algún lugar concreto, pudo fijarse?

—Sí. De Nevada.

—¿Recuerda la matrícula?

—No, en absoluto.

—¿La marca del coche?

—Tampoco. Tal vez era un «Ford», pero no estoy seguro.

—¿Ese joven pudo ver en algún momento a su esposa cuando usted le abrió la puerta?

—Me temo que no. Habrá visto que el *bungalow* tiene un vestíbulo pequeño, una puerta lateral a la derecha, que da al dormitorio... No, no pudo verla, estoy seguro.

—Lástima... —suspiró Cole, meneando la cabeza—. Podía ser una posibilidad...

El teléfono le interrumpió bruscamente. Lo descolgó. Su rostro se animó.

—Sí, yo mismo, Derek Cole, de Nevada. Sí... —Frunció el ceño,

anotó algo con rapidez, en una hoja que yo no podía ver. Volvió a asentir—. Sí, sí, entiendo. ¿Es totalmente seguro eso? ¿Sin posibilidad alguna de error? Bien, bien. Gracias.

Colgó. Se quedó mirándome, muy pensativo. Sus cejas estaban más arqueadas que nunca.

—Lo siento, Lazenby —dijo roncamente—. Era la compañía telefónica en Los Ángeles. Han buscado en toda la zona que usted cita. No existe tal familia Carter. Ningún Carter vive en Alessandra Avenue, 1470, ni en ningún otro número semejante. ¿Seguro que no se equivocó en el número?

—Totalmente seguro —dije, perplejo—. Tal vez el teléfono esté a nombre de alguien que no es el actual ocupante del apartamento...

—Tal vez —se frotó la mandíbula, pensativo—. Pronto lo sabremos, porque he solicitado los informes policiales sobre Samantha Carter, su lugar de trabajo, su familia y su alojamiento. Pero no me gusta nada el asunto, Lazenby.

—No pensará que Samantha Carter tampoco existe... —Temí.

—No pienso nada todavía. Esperemos la respuesta. ¿Quiere beber algo? ¿Una cerveza, una cola, café...?

—Café, gracias —dije sordamente, inclinando la cabeza.

Hizo un gesto. Robbins fue a la puerta vidriera y desapareció por ella. Regresó con tres vasos de café caliente, que puso sobre la mesa, llevándose él uno.

Bebí la infusión lentamente, mientras mi cabeza era un auténtico caos de ideas confusas y torpes. Todo aquello era un puro disparate, una locura total. Yo recordaba muy bien las señas de Samantha, ella misma me las había dado. Y había telefoneado a sus tíos no sólo en la gasolinera, sino delante mío, en el propio *snack*, antes de terminar su turno y emprender viaje conmigo hacia Nevada.

Claro que una llamada se puede fingir.

CAPÍTULO IV

Era una mañana nublada y triste. Estaba lloviznando en Los Ángeles.

La avioneta sobrevoló el aeropuerto East Los Ángeles, cuyas pistas de aterrizaje aparecían mojadas, con algunos charcos donde se reflejaba el gris ceniciento de la mañana.

Tomamos tierra finalmente sin problemas, y el *sheriff* Cole y yo caminamos a través de la pista, en dirección al edificio del aeropuerto, donde aparecía aparcado un coche del Departamento de Policía de Los Ángeles.

Nos recibieron dos patrulleros uniformados y un hombre de mediana edad, con impermeable color avellana, cabellos algo mojados, escasos y peinados hacia adelante, ojos grises muy perspicaces, y expresión algo triste.

Nos estrechó la mano calurosamente. Me miró como si yo fuese un invitado y no prácticamente un hombre arrestado, aunque Cole no me había sugerido siquiera tal posibilidad, ni iba esposado, ni me trataba como a un convicto. Era yo quien se sentía así desde que el *sheriff* me invitó, con entonación más bien autoritaria, a viajar con él a Los Ángeles en la avioneta oficial de la policía del condado, «para resolver de una vez por todas este maldito embrollo», habían sido textualmente sus palabras.

Acepté, porque no veía otro remedio. Ahora ya no era yo quien formulaba una denuncia ante la policía, por desaparición de una mujer. Por la sencilla razón de que, según el informe policial de Los Ángeles, digno de todo crédito, y averiado por la propia empresa del *snack* Arena, Samantha Carter no sólo existía, sino que *nunca* pudo haber estado conmigo en Nevada, puesto que continuaba en Los Ángeles, y esa misma noche había trabajado en su local hasta las siete de la mañana, hora en que terminaba su jornada nocturna.

Yo sabía que eso no era posible. Pero mi palabra tenía mucha

menos fuerza que la de un conserje de noche de un motel, un juez de paz y su esposa, un vecino testigo de bodas, un empleado de gasolinera y, ahora, para definitivo mazazo a mi historia, la palabra de la policía californiana y de la empresa de Samantha.

Por tanto, el caso dejaba de existir oficialmente. Si Samantha existía y estaba en Los Ángeles, yo no podía presentar denuncia alguna y, al haber exigido investigación a fondo, tachando de embusteros a todos los testigos, pasaba a ser la persona que podía ser procesada, si así lo juzgaban oportuno las autoridades de Nevada.

Rodó el coche oficial hacia el centro de Los Ángeles por la autopista de San Bernardino primero, y por la de Hollywood después. Ninguno despegábamos los labios, salvo para comentar trivialmente el estado del tiempo aquella mañana en la ciudad, y cosas por el estilo. En varias ocasiones descubrí por el retrovisor los grises ojos sagaces del oficial de policía de Los Ángeles, fijos en mí. Pero no hizo comentario alguno, ni me dirigió la palabra, y empecé a sentirme como un bicho faro escrupulosamente observado por el entomólogo de turno a través de su lupa.

Creí que iríamos directamente al Arena *Snack*, pero no fue así. El coche siguió la dirección opuesta a Santa Ana, para ir a detenerse ante el edificio del Departamento Central de Policía de Los Ángeles.

—¿Ya van a encerrarme por falsario, o me examinará primero un equipo de psiquiatras para decidir si me encierran en un sanatorio del Estado? —Traté de bromear sarcásticamente al pisar la acera.

—Ni una cosa ni otra, señor Lazenby —negó severamente el teniente Cassidy, mirándome de soslayo—. Hay personas que nos esperan en el Departamento. Personas que quizás sea interesante que se encaren con usted. Eso es todo.

—No debe empezar con sus exasperaciones, Lazenby —me aconsejó Cole entre dientes, caminando a mi lado hacia la puerta del edificio—. Estamos apurando todos los medios para aclarar su asunto, eso es todo.

—Pues yo cada vez lo veo todo más oscuro —me quejé.

—¿Fue una noche absolutamente normal?

—Normal, sí.

—¿Cuántos empleados forman el personal habitual de servicio

en la cafetería?

—Seis. Tres camareras, un barman y dos cocineros.

—¿Qué camareras había esa noche, exactamente, sirviendo en su establecimiento, señor Gould?

—Tres, como ya le dije: Lois Prentiss, Judy Nolan y Samantha Carter.

Al mencionar ese nombre, me miró con rapidez, desviando la mirada casi en el acto. Yo dirigí, a mi vez, una ojeada al teniente Cassidy y al *sheriff* Cole. Ambos se mostraban totalmente inexpresivos. Oí insistir al primero:

—¿Está totalmente seguro de eso, señor Gould?

—¿De los nombres de las camareras? Por supuesto. Las conozco muy bien a todas.

—¿Puede jurar que estuvieron en el local todas las horas de servicio, sin ser relevadas?

—Pues sí. Puedo jurarlo.

—Señor Gould, ¿también puede jurar que Samantha Carter estuvo toda la noche sin salir del local y que entró a la hora señalada para todo el personal nocturno?

—Desde luego —suspiró, buscando en su bolsillo. Extrajo una tarjeta de control—. Fichó exactamente a las nueve menos veinte minutos, hora de Los Ángeles, en el reloj del *snack*. Y abandonó su trabajo a las siete y cinco minutos, como comprobará.

—¿No se puede abandonar el local una vez dentro?

—Habría que solicitar permiso y fichar las salidas y la entrada siguiente. Como ve, no es ése el caso, teniente.

—Pero Samantha Carter veo que tuvo servicio también por la mañana, el día anterior.

—En efecto —asintió Gould—. Había cubierto la ausencia de una compañera enferma, pero sólo media jornada, entre siete de la mañana y once. A esa hora fichó su salida, como ve. A partir de hoy, tiene por ello día y medio de descanso. Su fecha de turno y medio día por el servicio extra cumplido. Es una chica muy eficiente y cumplidora.

—Señor Lazenby —se volvió hacia mí el teniente Cassidy—; ¿qué dice a eso? ¿A qué hora recogió usted a la señorita Carter, a la salida del *Arena Snack*, según su versión de los hechos, para iniciar el viaje a Nevada?

—A las once y media en punto —dije, controlando mi nerviosismo—. Habíamos quedado ya en eso.

—¿Sabía que ella tenía turno de día para suplir a una compañera?

—Sabía que tenía un turno matinal, eso es todo. No me aclaró más, ni yo pregunté.

—Bien, en eso al menos coinciden los hechos —suspiró Cassidy. Se volvió a Gould—. Puede retirarse, señor Gould, apenas me ayude a una identificación. Por favor, trate de no confundirse. Es muy importante para nosotros, créame.

—Está bien, teniente. Haré cuanto esté en mi mano por cooperar.

—Gracias —se inclinó y pulsó el interfono de huevo—. Que pase el otro testigo.

Esperé, en tensión. Creo que para entonces todos estábamos tensos y preocupados por lo que iba a suceder. No sabíamos lo que era, pero lo presentíamos.

Por aquella puerta iba a entrar, quizá, la clave del misterio. Su solución. O su confusión final.

La puerta del despacho se abrió. Entró alguien.

Yo miré. Miramos todos. Me levanté, derribando la silla, realmente desconcertado, con un sobresalto que superaba todo lo imaginable. Oí como en sueños la voz del teniente Cassidy, preguntando al testigo:

—Señor Gould, identifique, por favor, a la persona que tiene ante usted.

Y el empresario respondió sin vacilar:

—Por supuesto. No es nada difícil, teniente. Ésta es la señorita Carter. Samantha Carter.

Y lo peor de todo es que Edmond Gould tenía razón.

La propia Samantha Carter acababa de entrar en la habitación.

SEGUNDO LIBRO

CAPÍTULO PRIMERO

Porque era ella. Ella misma. Samantha. De eso no había duda alguna.

No hacía falta que Edmond Gould, el empresario del *Arena Snack*, la identificara. Yo lo había hecho ya sin su ayuda, apenas la vi entrar en la estancia.

Samantha. Mi mujer. Y me miraba como a un extraño. Como si no me conociera.

—Samantha... —había murmurado yo, con expresión de infinito asombro, poniéndome en pie con rapidez—. Samantha, ¿qué haces tú aquí?

Ella se limitó a mirarme fríamente. Movi6 la cabeza en sentido negativo.

—Me han citado los policías, simplemente —dijo—. ¿Quién es usted? No le conozco.

—Samantha... Supongo que estás tratando de bromear... sin darte cuenta de que ésta es una situación muy seria —fue mi respuesta, mientras difícilmente dominaba mi aturdimiento.

—Yo no bromeo, señor —me cortó ella con acritud. Miró a los policías, con aire de irritación—. ¿Quién es ese tipo, señores? ¿Qué pretenden de mí?

—¿Asegura usted no conocer de nada a este hombre? —indagó el teniente Cassidy.

—Por supuesto. Tal vez sea un cliente de la cafetería, pero no recuerdo a todos. Veo demasiadas caras cada día.

—Señorita Carter, esta pregunta que voy a hacerle es muy importante —terció el *sheriff* Cole rebulléndose en su asiento—. ¿No se ha movido usted para nada de Los Ángeles en las últimas veinticuatro horas?

—Cielos, claro que no. El señor Gould puede decirlo. Durante casi diez de esas horas, me ha podido ver en la cafetería,

cumpliendo mi obligación. El resto, lo he pasado en mi casa, en el cine...

—Usted no vive en Alessandra Avenue, de Riverside, ¿verdad? —terció Cassidy.

—No, claro que no —el gesto de Samantha reveló asombro—. Vivo en un apartamento de Santa Ana, muy cerca del lugar donde trabajo.

—¿E insiste en que no conoce absolutamente de nada a este hombre? —Cole me señaló directamente a mí, con gesto enfático.

—Desde luego. Lo afirmó —sostuvo ella fríamente, clavando en mí sus ojos, aquellos mismos ojos que yo había visto contemplarme con amor durante el viaje, con deseo cuando nos revolcábamos apasionadamente en la cama del motel—. No le conozco de nada.

—¡Samantha! —clamé, exasperado, yendo hacia ella—. ¡Eso no es posible! ¡Tienes que decir la verdad! ¡Tú eres mi esposa, hemos ido en viaje de novios por Nevada, has desaparecido del motel Cactus Inn sin dar explicación alguna! ¡Samantha, no puedes mentir de ese modo tan cínico, tan absurdo! ¡Soy Leslie, tu marido, y tú eres la señora Lazenby, digan lo que digan todos los demás!

—¿De qué está hablando? —Se apartó de mí, protegiéndose tras del teniente Cassidy, como si temiera de mí cualquier posible agresión física—. Ese hombre está loco. Pueden comprobar fácilmente cuánto les he dicho. No he estado en Nevada desde hace más de dos años, una vez que me llevaron a Las Vegas. E insisto en que no conozco de nada a este hombre.

—Comprobaremos todo, señorita Carter, no lo dude —aseveró con energía el teniente Cassidy—. Puede retirarse.

—¡No, esperen! —clamé, furioso, tratando de ir nuevamente hacia ella—. ¡Samantha tiene que poner esto en claro de una vez! ¡No toleraré que me tomen por loco, sólo porque ella me abandonó y ahora trata de fingir no sé por qué motivo!

Entre Cassidy y un agente me retuvieron, forcejeando conmigo hasta inmovilizarme, en tanto Samantha Carter, con expresión de temor hacia mí, abandonaba la estancia en compañía de su empresario, Edmond Gould.

Me obligaron a sentarme para que me calmase. El *sheriff* Cole no quitaba un momento sus ojos de mí, como si se preguntase si realmente se enfrentaba con un tipo rematadamente loco.

Y mientras tanto, yo protestaba, juraba, chillaba, hasta que no tuve fuerzas más que para gemir, lamentarme, dolerme...

—Creo que debe volver a su casa, señor Lazenby —dijo sordamente el teniente Cassidy, contemplándome preocupado.

CAPÍTULO II

Esta vez no tuve que cruzar Searchlight, la ciudad donde me casé con una mujer que, al parecer, ni siquiera había existido jamás, como la propia boda y el resto de los acontecimientos. En vez de ello, recorrí diez millas más de desierto, hasta alcanzar otra vez la carretera general, y aproximarme con rapidez, mientras caía la tarde, a un lugar que me obsesionaba.

El Cactus Inn. El motel donde desapareció Samantha de mi vida.

Vi sus luces parpadeantes cuando ya oscurecía velozmente sobre el desierto y el aire se hacía frío y seco. No cometí el error de detenerme, sino que pasé de largo, para luego virar, regresar desde el sur, y dejar el coche aparcado a un lado de la carretera, entre cactus considerablemente altos. Por mi propio pie, me moví por la cuneta hacia el motel.

El Cactus Inn aparecía como siempre. Con algunos coches, muy pocos, aparcados en la parte delantera del aparcamiento. Vi el mío entre ellos, justo donde yo lo dejara. Una capa de polvo cubría el vehículo. No lejos de él vislumbré el coche amarillo.

Me aproximé a él cautelosamente. Las luces de algunos *bungalows* y de la conserjería del motel eran las únicas señales alarmantes en derredor mío. Confiaba en que nadie me viese allí maniobrando.

Conservaba otro juego de llaves de mi coche, que había tomado en Los Ángeles, tras dar al *sheriff* Cole las que yo llevaba, para el traslado del vehículo a California. Cosa que, evidentemente, el *sheriff* no había tramitado todavía. Me alegraba de ello. Quería examinar mi automóvil. Porque tenía una idea. Y necesitaba confirmarla.

Lagué junto al coche color mostaza donde viajáramos Samantha y yo hasta aquel maldito establecimiento de carretera donde comenzó la pesadilla. Extremé las precauciones para no ser oído por

nadie.

Introduje la llave en la cerradura de la portezuela. La hice girar lenta, apagadamente. La abrí. Me metí dentro del vehículo con rapidez, cerrando tras de mí. Permanecí quieto un rato, jadeando. El tablier seguía a oscuras. No cometí el error de encender luces. Me limité a buscar en la guantera. Hallé una pequeña lámpara eléctrica. La encendí. Un delgado hilo de luz se proyectó sobre el tablier. Recorrí con él el asiento delantero del coche. Mis ojos escudriñaban cada rincón atenta, minuciosamente.

Y lo encontré.

Mis dedos lo desprendieron del asiento. Lo alcé con sumo cuidado. Proyecté la luz sobre él. Brilló con un reflejo de cobre.

Un cabello. Pelirrojo.

Samantha era pelirroja. Samantha, por tanto, estuvo allí dentro, a mi lado. No importaba lo que ella dijese ahora. No importaba que todos la hubieran visto en Los Ángeles. Samantha *estuvo* allí. Era la prueba.

Al menos, la prueba para convencerme a mí. A los demás, no sabía. Un cabello no dice nada. Asegurarían que era de otra persona. Pude haber llevado a otra pelirroja en mi coche alguna vez. Es lo que diría Derek Cole, sin duda alguna. Y no le faltaría razón. ¿Qué tipo soltero —y a veces hasta casado— no ha metido en su coche a una pelirroja de buen ver?

Eso no demostraba nada a nadie, excepto a mí mismo. Pero de momento me bastaba. No estaba loco. Si Samantha existió, existieron las demás cosas: la boda, la inscripción en el motel, repostar gasolina en la estación de Searchlight.

Pero ¿cómo podía estar ella al mismo tiempo en Los Ángeles, a la vista de todo el mundo, clientes y compañeros de trabajo, en la cafetería de Santa Ana?

Era para volverse realmente loco. Pero yo no caería en esa trampa. Buscaba la verdad.

Y estaba dispuesto a encontrarla. Estuviese donde estuviese. Y fuese lo que fuese.

Recordé algo de repente, y sentí un escalofrío.

—Cielos —jadeé—. ¿Cómo no se me ocurrió antes?

Cierto que tampoco era una prueba contundente. Pero durante el viaje, Samantha había tenido calor, al detenernos en Searchlight.

Yo había guardado su suéter atrás, en el portamaletas.

—Si sigue allí... será la prueba definitiva que necesito. Intentaré probar que pertenece a Samantha. Pero sea como sea yo estaré ya totalmente *seguro* de que las cosas ocurrieron como he dicho...

Salí de nuevo del coche. Lo rodeé, alcanzando el portamaletas.

*****Aquí falta un trozo en el original*****

Salté limpiamente el mostrador, y le arranqué el teléfono de la mano. Me contempló como si fuese a degollarle.

—¿Qué... qué está haciendo? —jadeó—. Le encerrarán por esto...

—Cállese, maldito bastardo embustero —gruñí, pidiendo comunicación a la centralita del *sheriff*. No tardaron en ponerme.

Una voz que me resultó conocida, pero que no era la de Cole, me atendió al otro extremo del hilo:

—Oficina del *sheriff*. ¿Quién llama, por favor?

—Soy yo, comisario Robbins —dije precipitadamente—. Leslie Lazenby.

—¡Usted! —La voz reveló sobresalto—. ¿Desde dónde llama?

—Desde el Cactus Inn, comisario.

—¡Cielos! ¿Ha regresado? Cuando lo sepa el *sheriff*, va a poner el grito en el cielo.

—Pondrá el grito en el cielo por otras causas —repliqué ásperamente—. He venido a revisar mi coche.

—Se lo íbamos a enviar mañana a Los Ángeles.

—Lo hubiesen enviado convertido en un ataúd, Robbins.

—¿Qué quiere decir?

—Hay un cadáver en el maletero. Es preciso que venga alguno de ustedes al motel lo antes posible.

—¡Un cadáver! ¿Está seguro de lo que dice? —La voz del joven comisario revelaba ostensibles dudas sobre mi veracidad.

—Totalmente, maldita sea —gruñí—. Les espero aquí. El cuerpo está dentro, y a su jefe va a interesarle mucho saber quién es. No se demoren.

—Estaremos enseguida. El *sheriff* está en casa, con su mujer. Le llamaré. Pero si vuelve a ser una de sus endiabladas cosas, Lazenby, esta vez va a pasarlo muy mal en Nevada, se lo advierto.

—Deje de darme consejos y acuse a su jefe —corté abruptamente—. Estoy deseando saber qué explicación le da a esto ahora...

Y colgué sin más. Luego miré al conserje, que aparecía pálido y asustado, mirándome como si yo fuera un maníaco peligroso.

—¿Ha dicho... un cadáver? —jadeó.

—Eso dije, amigo —asentí—. Va a tener que explicar muchas cosas cuando llegue esta vez la policía, porque ese cadáver, casualmente... es el de la mujer que se registró anoche conmigo en este maldito motel. Vaya preparando la explicación de lo sucedido con ese libro suyo de registro y su declaración en falso, porque una desaparición es algo mucho menos grave que un asesinato.

—¡Asesinato! —repitió él con voz convulsa, retrocediendo dos pasos.

—Es la palabra, no se asuste. Sin saberlo quizá se ha convertido usted en el cómplice de un asesinato... Veremos cómo sale de esta...

Salí violentamente de recepción, dirigiéndome al aparcamiento, donde permanecía mi coche herméticamente cerrado. Me apoyé en él, encendiendo un cigarrillo con mano trémula. Fumé en silencio. Luego apoyé mi mano en el portamaletas y susurré, contemplando el metal que ocultaba en su interior el cuerpo de Samantha:

—¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué ocurrió esto? Yo te quería, Samantha... Yo te amaba. Y no sólo me abandonas, sino que luego mientes, niegas conocerme... y ahora... ahora estás muerta, asesinada por alguien que quiso silenciar así toda esta demencial historia... Quisiera saber quién lo hizo, para poder estrujar su cuello también entre mis manos, maldito sea... ¡Maldito!

Y creo que cuando incliné la cabeza, estaba llorando. Llorando por ella. Por Samantha, mi esposa. Por una mujer a quien apenas llegué a conocer bien. Una mujer que era un verdadero enigma. Y seguiría siéndolo para mí durante toda la vida posiblemente...

No conté los minutos que transcurrían. Se me hicieron largos, muy largos... Creo que aproximadamente, Cole y su comisario tardaron más de veinte minutos en llegar al motel con su coche a toda velocidad, emitieron el desagradable y agudo sonido de su sirena.

Viró espectacularmente al alcanzar el motel, con un parpadeo

constante de las rojas y azules luces de su techo. Frenó con un maullido seco, justo frente a mí, y la luz de los faros me envolvieron en un baño de claridad lechosa y deslumbrante.

Las portezuelas sonaron con aspereza al abrirse y cerrarse. Los dos hombres, Cole y su comisario, avanzaron hacia mí. Sus pisadas eran secas, resueltas.

*****Aquí falta otro trozo en el original*****

—No lo sé. Hay gente que gusta de exhibicionismos para cobrar popularidad —señaló el psiquiatra llegado de Las Vegas, con aire pensativo—. De todos modos, convendría examinar a fondo a este hombre, y no tan sólo en una celda, mediante un interrogatorio improvisado.

—¿Se refiere a que quisiera internarlo en su establecimiento y estudiarle allí más a conciencia? —sugirió Cole.

—Sí, algo así, *sheriff*. Patológicamente, hay casos muy interesantes, y el de este hombre promete serlo. En apariencia es un joven equilibrado, inteligente, sereno y sin taras psíquicas visibles. Su afán de mentir o de crearse un falso mundo puede tener un origen psíquico mucho más complejo, que podría revelarse mediante el psicoanálisis o la psiquiatría moderna. Eso requiere tiempo, *sheriff*.

—Está bien, tómese el que quiera, doctor —manifestó Cole de mala gana—. El condado tendrá que pagarle los gastos, imagino.

—Procuraremos que sea el estado de Nevada quien los sufrague, dentro de su presupuesto aplicado a la delincuencia y la prevención de delincuentes psíquicamente enfermos, y no su condado, *sheriff* Cole —sonrió el psiquiatra.

—¿Qué ocurrirá exactamente, si halla en el paciente indicios de desequilibrio mental, doctor? —indagó Cole.

—Que el estado de Nevada solicitará del de California el internamiento del paciente por un tiempo prudencial, en busca de una solución clínica de su caso. Si, por el contrario, las acciones de Leslie Lazenby se deben a afán publicitario, a crearse una fama enfermiza o a burlarse de la ley, el asunto corresponderá íntegramente a ustedes, y él podrá ser procesado y condenado como simple delincuente que ha transgredido las leyes del estado de

Nevada.

—Muy bien, doctor. En ese caso, dejo en sus manos el detenido. Usted me firmará un comprobante, y el asunto pasará a su jurisdicción hasta que llegue a una conclusión concreta sobre su comportamiento y motivaciones.

—Gracias, *sheriff*. Haremos todos esos trámites rápidamente. He traído conmigo a dos ayudantes, por si esto era preciso —explicó el doctor Bishop con calma—. Ellos trasladarán al paciente a una ambulancia y partiremos inmediatamente hacia mi sanatorio.

—¿Crees que puede tardar mucho en saber algo sobre su estado mental? —se interesó el comisario Robbins, tras dirigirse una mirada pensativa.

—Bueno, eso nunca se sabe —el médico se encogió de hombros—. Puede estar todo resuelto en un par de semanas... o requerir un par de años.

Se dispusieron a salir de mi celda. Cole se volvió a mí, desorientado.

—Y usted que tanto habla, Lazenby, ¿no tiene nada que decir a todo esto? —indagó.

Me limité a mirarlos a los tres con una vaga sonrisa. Sacudí la cabeza lentamente, en sentido negativo.

—¿Para qué? —murmuré—. Sé cuándo no sirve de nada protestar y lamentarse, *sheriff*. Yo, en su lugar, haría lo mismo. Podría jurar mil veces que digo la verdad, pero nadie me creería. No tienen por qué hacerlo ustedes ahora.

—¿No le dije? —señaló Bishop, mirando a Cole, tras estudiarme con atención—. Es una actitud desconcertante la de ese hombre. Aparentemente, es normal por completo. Da la impresión de decir la verdad, de creerla él mismo. Eso es lo que me inquieta. Podría tratarse de un grave caso de esquizofrenia o de paranoia.

—Si al menos se molestaran en averiguar si Samantha está en Los Ángeles aún... y si está viva... —me lamenté con la mirada fija en el suelo.

Cole y Robbins cambiaron una mirada con el médico. Todos salieron de mi celda, cerrando la metálica puerta tras de sí. Volví a quedarme solo. Sólo con mis fantasmas en el cerebro. Sólo con mi exasperación y mi impotencia. Sólo con mis amargos, sombríos pensamientos.

Y sólo con el recuerdo de un cadáver amoratado, de unos ojos vidriosos y yertos, de una última crispación de horror y agonía en un rostro amado...

—Samantha... —susurré—. Samantha, Dios mío, ¿cuál era tu secreto, cuál la explicación de tanta incongruencia, de tanto misterio sin solución posible?

Pero estaba solo allí, entre los muros de ladrillo de la cárcel de Boulder City. Y las paredes no tienen respuestas. Nadie la tenía para mí.

Aún pensaba en todo eso cuando el doctor Bishop regresó a por mí. Eran los adecuados para un establecimiento de enfermos mentales. Anchos, fuertes, musculosos y con cara de pocos amigos.

No intenté resistirme. Hubiera sido inútil. Y hasta doloroso. Aquellos individuos no vacilarían lo más mínimo en reducirme como fuese, incluso apelando a una camisa de fuerza, si era imprescindible. La mirada del psiquiatra, mientras me llevaban a la ambulancia, sujeto por ambos brazos, era de total indiferencia. Supe que no podía esperar demasiada comprensión de aquel hombre. Sabía que los psiquiatras tienen mala prensa. Y empecé a comprender la razón.

Me llevaron casi en volandas al coche largo, pintado de blanco, con distintivos sanitarios en el exterior. Cole y Robbins estaban fuera, esperando. Se limitaron a mirarme cuando me introducían en la ambulancia y cerraban las puertas de la misma. Parecían aliviados, como si se librasen de un pesado lastre que les había complicado la vida últimamente. Nadie iba a mover un dedo en mi favor, estaba seguro de ello.

La ambulancia partió con rapidez. Oí su sirena cuando enfilaba la carretera, en dirección a Las Vegas. Atrás quedaba Boulder City, con el *sheriff* y el comisario, con todas mis últimas esperanzas de probar que era víctima de un abominable y oscuro complot sin sentido, donde todo el mundo mentía, donde las personas y hasta los cadáveres aparecían y desaparecían sin sentido.

Tendido en la camilla donde me habían depositado, miré a mis dos guardianes, los enfermeros del centro psiquiátrico cercano a Las Vegas. Parecían, menos hostiles que antes. Uno, incluso, me sonrió.

—Usted es un buen chico —comentó—. Se porta bastante bien, por ahora.

—Sí, éste no nos ha dado guerra —corroboró su compañero—. Siga así, y todo irá bien para usted y para todos, amigo.

Me encogí de hombros y traté de sonreír tristemente.

—¿De qué serviría? —pregunté—. Si necesito un médico, será mejor aceptarlo así.

—De modo que comprende que está enfermo, ¿eh? —volvió a hablar el primero.

—¿Qué otra cosa podría ocurrir? Después de todo, no creo estar loco. Sólo algo trastornado. Espero que eso tenga arreglo todavía.

—Claro que lo tendrá. El doctor Bishop es un excelente psiquiatra. Le pondrá bien en poco tiempo, ya verá. Usted sólo tendrá que colaborar. Confíe en nosotros. Estamos aquí para ayudarle en todo lo que necesite.

—Gracias, amigos —suspiré, cerrando los ojos—. ¿Llegaremos pronto a Las Vegas?

—Oh, sí. En menos de una hora estará en el que va a ser su domicilio desde ahora.

Una hora.

Era todo el tiempo que tenía. Una hora... y aquellos dos gorilas vestidos de blanco, cuya confianza había logrado ganar momentáneamente. Pero no me hacía ilusiones. Aun así, iba a ser difícil evadirse de ellos.

Sin embargo, tenía que hacerlo. Cualquier cosa sería mejor que dejarse encerrar dócilmente en un establecimiento psiquiátrico del que quizá ya nunca volvería a salir como un ser normal y equilibrado.

Me mantuve quieto, como adormilado, durante cosa de doce o quince minutos. La velocidad de la ambulancia era considerable. Mis enfermeros, a la vista de mi docilidad, habían dejado de preocuparse por mí. Uno leía una publicación ilustrada de tipo erótico, rica en fotografías de mujeres desnudas y exuberantes, en procaces actitudes. El otro se entretenía tratando de resolver un pequeño entretenimiento de bolsillo, moviendo pacientemente una cajita circular de plástico con esferas metálicas dentro.

Tal vez era llegado el momento. Tal vez...

Al menos, tenía que intentarlo.

Y lo intenté.

CAPÍTULO III

El que leía la revista, estaba sentado casi de espaldas a mí. El otro, de frente. Por tanto, era preciso antes atacar al segundo, el más peligroso.

Eso es lo que hice. Junto a mí, dentro de la amplia ambulancia, había un soporte metálico, sobre ruedas, para sostener botellas de plasma en casos de emergencia. Yo había ido alargando mi brazo hasta apoyar mis dedos en el cilindro de metal esmaltado que servía de soporte al plasma, llegado el caso. Un simple cálculo mental me hizo comprender que el objeto era muy pesado, y necesitaría de todas mis fuerzas para moverlo en la forma deseada.

Lo aferré con creciente energía. Mis dedos se cerraron, engarfiados, en torno al tubo metálico. Tomé mentalmente mis medidas y acumulé fuerzas. Luego, de repente, me disparé con la rabia que da la desesperación.

Me erguí en la camilla. El enfermero del pasatiempos se irguió, sobresaltado. No pudo hacer más. El pesado objeto metálico se alzó del suelo y se estrelló contra su frente con áspero crujido. Le vi caer, exhalando un grito ronco, con la frente repentinamente llena de sangre.

—¿Qué mil diablos significa...? —comenzó el otro enfermero, dándose bruscamente la vuelta y dejando caer de sus manos la revista que hojeaba.

No le dejé reaccionar. Era demasiado peligroso. Al menos triplicaba mi fuerza física, y la cosa no estaba para correr riesgos inútiles. Del mismo modo que herí a su compañero, le machaqué a él la cara con el pesado artilugio de metal. Sentí crujir su nariz rota, saltaron dientes de su boca, y la sangre corrió por sus fosas nasales y labios, al tiempo que se tambaleaba, jurando entre dientes, sin llegar a caer. Le volví a dar otro mazazo con la barra metálica, esta vez en la nuca, y se desplomó como un toro derribado en seco.

Respiré hondo, soltando el soporte de botellas de plasma, que osciló, a punto de estrellarse contra las ventanas encristaladas de un blanco esmerilado. Estaba libre de ellos, pero la ambulancia corría con demasiada velocidad. Avancé, tambaleante, hasta la puerta posterior. La abrí. La visión de la cinta de asfalto corriendo vertiginosa bajo las ruedas, casi me mareó.

Esperé, indeciso. Entonces, hubo la fortuna de que el coche sanitario enfilase una curva. Redujo de modo considerable la marcha. Lo preciso, al menos, para no jugarme la vida a la desesperada, aunque ya estaba a punto de hacerlo. Cualquier cosa era mejor que seguir viaje hasta el sanatorio psiquiátrico del doctor Bishop, y menos aún ahora que me había ganado los dos peores enemigos del mundo: ambos enfermeros heridos.

Me arrojé al asfalto, hecho un ovillo, procurando caer de modo que no me golpearase la cabeza o me fracturase un brazo o una pierna en el duro impacto.

Supe caer, rodando por la ruta, mientras la ambulancia se alejaba de mí vertiginosamente, pasada la curva.

Me incorporé sin perder tiempo. No podía confiarme ahora. Los de la ambulancia no podían tardar en advertir que algo raro sucedía, cuando las puertas traseras golpearan durante la marcha. O, en el mejor de los casos, cuando uno de los enfermeros volviera en sí, dando la alarma. Todo lo más, unos minutos de margen. Era cuanto tenía a favor en este momento. Y había que aprovecharlo.

Corrí, agazapado, hasta la cuneta, y me hundí entre cactus, matorrales y arena rojiza del desierto de Nevada. Pronto serían no sólo los enfermeros y el médico los que me buscaran, sino también las autoridades del estado. Era preciso hacer algo, y pronto.

El día era cálido y seco hasta convertir aquella árida región en un auténtico infierno con un sol llameante y cegador brillando allá en lo alto. Sin agua, sin alimentos y sin vehículo para salir de aquel lugar maldito, mi vida significaba bien poco.

La ambulancia se había perdido definitivamente en la distancia. La carretera aparecía desierta, interminable, como una dormida serpiente de asfalto estirada al sol. Caminé a lo largo de ella, en dirección a Boulder City de nuevo.

Estuve cosa de diez minutos andando entre cactus y arena, cerca de la carretera, sin oír el regreso de la ambulancia, por fortuna para

mí. Pero sabía que cada minuto que pasaba reducía considerablemente mis posibilidades de fuga.

De repente, un motor ronco en la carretera. Un vehículo rodaba por ella, siguiendo la misma dirección de la ambulancia, tal vez en dirección a la mágica ciudad de Las Vegas, emporio del juego en Nevada.

Tuve una idea desesperada. Una más en aquellos momentos de decisiones radicales e instintivas. Corrí a la carretera. Asomé a ella cuando el vehículo aparecía, a considerable velocidad. Era un vehículo tipo *ranger*, color arena. Lo conducía una mujer, según creí advertir a distancia. Una mujer de cabellos muy rubios. El sol se reflejaba intensamente en ellos.

Salté ante el vehículo, agitando mis brazos frenéticamente. Como me temía, la conductora aceleró, pasando velozmente junto a mí. Yo salté a un lado, apartándome de su camino. Maldije entre dientes. Hubiera sido demasiada fortuna, pensé, lograr ayuda ajena, en un paraje como aquél, al primer intento.

Para sorpresa mía, oí un chirrido de frenos. Giré la cabeza. Miré al *ranger*. Se acababa de detener. Corrí hacia él, sin dar crédito a mis ojos.

Antes de llegar, la portezuela se había abierto. Un rostro enmarcado en dorados cabellos largos asomó. Unos ojos muy azules me miraron largamente.

—Suba —me invitó—. No le había reconocido al principio.

—¿Cómo? —Recelé, mirándola con repentina aprensión—. ¿Me conoce?

—Un poco. Suba, pronto. ¿No iba usted en una ambulancia hacia Las Vegas?

—Sí —la aferré un brazo casi rabiosamente—. ¿Qué es lo que sabe? ¿Quién es usted?

—Sé lo suficiente —me desconcertó, mirando con ojos inquietos la carretera desierta ante sí—. Suba enseguida. Volveremos hacia Boulder City. Supongo que no desea ir a Las Vegas para nada.

—Supone muy bien —me senté a su lado, cerré la portezuela, y ella accionó con rapidez el embrague, haciendo girar luego el volante, para cambiar de ruta radicalmente.

Rodó a toda velocidad, en dirección al mismo lugar de donde yo había partido poco antes con el psiquiatra y sus enfermeros. La miré

de reojo. Su perfil era encantador. Me resultaba vagamente familiar aquella muchacha de cabellos dorados y ojos celestes, pero la verdad es que no supe localizarla entre mis recuerdos confusos.

—¿Sabe lo que está ocurriendo? —indagué, receloso.

—Sí, creo que sé algo —admitió ella.

—Esto puede ser un truco. Quizá me envíe a manos del *sheriff* de nuevo —apunté.

—¿Usted cree? —Ella rió entre dientes. De pronto, delante de nosotros, en la distancia, sonó una sirena. A nuestras espaldas, otra más distante. Me puse rígido. Los ojos azules me miraron muy abiertos—. Escuche eso: vienen los dos. La ambulancia y el *sheriff* Cole, para reunirse en la carretera. Usted ha debido escapar. Y ellos pudieron avisar desde algún teléfono de lo ocurrido. Ahora verá si intento entregarle o no.

Y sin añadir palabra, metió el pie en el acelerador, viró el volante, y saltamos, dando tumbos, hacia los cactus y la tierra polvorienta del desierto, donde nos hundimos con rapidez. El coche *ranger*, por fortuna, soportaba esas cosas por ser un «todo terreno», y pudimos irnos adentrando en las ardientes dunas, con más sacudidas que si recorriéramos una montaña rusa. Cuando las dunas nos cubrieron, ella frenó, parando el motor. Permanecemos quietos. La polvareda levantada se iba posando lentamente.

Allá, en la carretera, las sirenas se aproximaron una a otra. Luego cesaron. La rubia misteriosa seguía mirándome. Ambos callados e inmóviles en la calurosa cabina de su coche providencial.

—Ya se han encontrado —comentó—. Empieza la cacería.

—Sí —suspité—. Puede que den con nosotros.

—Puede. O puede que no —sonrió ella deliciosamente.

Observé que dos hoyuelos graciosos se marcaban en su rostro al sonreír. Tenía labios gordezuelos y dientes muy blancos. Bajé la mirada. Bajo su falda, arrugada y encogida, descubrí unos muslos magníficos.

—¿Quién es usted? —quise saber, profundamente intrigado.

—Mi nombre es Modesty —habló ella—. Modesty Jordan. Pero eso no le diré nada.

—No, nada —confesé—. ¿De verdad nos conocemos? Jurarla que la vi antes alguna vez...

—Sí, me vio. Y yo a usted. De ahí viene todo. He oído hablar de

usted, he conocido su historia. La radio ha transmitido noticias sobre usted y su caso. Porque usted, naturalmente, es Leslie Lazenby, ¿verdad?

—Naturalmente —admití con amargura.

—Y vino con su esposa a Nevada en viaje de novios.

—Eso es lo que yo digo —comenté con sarcasmo—. Pero nadie lo cree.

—Su esposa desapareció del motel Cactus Inn, ¿no es cierto?

—Si sabe todo eso, ¿por qué me lo pregunta? Ya habrá oído decir que todo es mentira.

—Claro que lo he oído —ella volvió a sonreír—. Pero yo sé que no es mentira.

—¿Usted lo sabe? —me asombré—. ¿Cómo puede saberlo, muchacha?

—Porque yo vi esa noche a su esposa en el motel, diga lo que diga Ben Curly, el viejo conserje. Y si él mintió, si miente el libro de registro, pueden mentir muchos más.

—¿Que usted... *la vio*? —repetí, estupefacto—. No es posible...

—Debería recordarlo. Nos cruzamos cuando iban camino de su *bungalow*. Acababan de recoger dos botellas de cerveza y emparedados de la máquina...

—¡Usted! —De repente, mi memoria se abrió como un fruto maduro y vi de nuevo a mi rubia acompañante en un lugar muy distinto, con uniforme verde, con distintivo del Cactus Inn sobre el pecho—. La camarera del motel...

—Terminaba en ese momento mi turno —asintió ella con una sonrisa más amplia—. Nos cruzamos. Ella era pelirroja, bonita, buen tipo... Usted me miró. Todos los hombres hacen cosas así. Yo, la verdad, le miré también. Me gustó. No es un pecado que me gusten los hombres guapos, aunque vayan acompañados.

Moví la cabeza, atónito. Estúpido de mí, había olvidado a la única testigo que no mentía, que confirmaba mi historia. Aquella chica, Modesty Jordan, camarera del motel... Si ella vio a Samantha, es que todos los demás la vieron también. Mi historia era real. No estaba loco. Samantha era mi mujer. Nos casamos ante el juez Chase. Estuvimos en el motel. Allí desapareció ella. Y, por tanto, también era cierto que ella estaba muerta estrangulada dentro de mi automóvil... Dijeran todos lo que dijeran, fuese como

fuese, mi historia era cierta. Ya había un testigo. Uno solo que era honesto, sincero, leal.

—Pero... pero ¿por qué, Modesty? —gemí.

—¿Por qué... qué? —suspiró ella.

—¿Por qué mienten todos? ¿Qué está ocurriendo aquí?

—No lo sé. En el motel me dijeron que usted estaba encarcelado en Boulder City. Fui allá, y el comisario Robbins me contó que ya iba camino de un centro psiquiátrico...

—¿Le contó usted algo a Robbins? —indagué.

—No. Consideré mejor contárselo al propio doctor Bishop —meneó la cabeza de un lado a otro con aire reflexivo—. Me pregunto si, realmente, hubiera hecho bien.

—Ya no sé quién es honesto y quién no —me lamenté amargamente—. Pero usted me ha vuelto la fe en la especie humana, Modesty. ¿Qué cree que podemos hacer ahora?

—No lo sé. Ellos no le buscarán por aquí. Están detrás de un hombre solo y sin vehículo. Saben que adentrarse en el desierto significa una muerte cierta. De modo que debemos viajar lejos de las carreteras y rutas habituales si queremos estar lejos del alcance de sus redes.

—Pero usted tiene su trabajo... Y no puede mezclarse en un asunto como este...

—No se preocupe —rió la joven—. Mañana es mi día libre. Disponemos de bastantes horas por delante. En cuanto a mis posibles responsabilidades, no tengo miedo. Usted no mató a su esposa, imagino.

—Cielos, claro que no. Salí del *bungalow* cuando me pidieron que quitase mi coche para que otro saliera, y al volver... mi mujer ya no estaba. Había desaparecido con todas sus pertenencias y... ¡Oh, Dios! ¡El coche *amarillo*! —Miré a la joven con repentino sobresalto—. Ya lo había olvidado. Estaba allí de nuevo cuando encontré el cadáver de mi esposa en el portamaletas. Y al volver de telefonar a la policía, ya no había nada. Ni el cadáver dentro del coche... ni creo que tampoco el coche amarillo.

—Un coche amarillo —asintió ella lentamente—. Lo recuerdo, Lazenby. Lo he visto últimamente algunas veces. Pertenece a una persona importante de Nevada.

—Lo conducía un muchacho joven, con chaquetón de cuero

negro...

—Fuese quien fuese el que conducía, ese coche pertenece al senador por Nevada, Elmer Vallee. El propio senador hizo campaña electoral hace dos meses con ese coche... Lo recuerdo muy bien.

—¿Y qué hace su coche en el motel con tanta frecuencia? —quise saber.

—¿Es que no lo sabe? —rió la muchacha—. Una empresa figura como propietaria del motel y de una cadena de ellos en Nevada. Pero todos son realmente propiedad del senador Vallee...

—¿Qué clase de tipo es ese senador, Modesty?

—Aparentemente, la honradez hecha persona —los ojos azules revelaron ironía y malicia—. Pero yo diría que es un político astuto, desaprensivo y capaz de todo con tal de llegar muy alto en su carrera. Pero, claro, es una simple apreciación personal.

—Eres una muchacha muy lista para ser sólo una camarera de motel —suspiré—. Claro que también Samantha era camarera de una cafetería. La conocí en Los Ángeles. Creí que seríamos felices. Todo comenzó tan bien... Y, de repente, ella desaparece sin razón alguna, para aparecer luego en Los Ángeles y fingir que no me conoce de nada.

—¿Eso hizo ella? —se asombró Modesty.

—Sí, eso hizo. Además, parecía tener una coartada tal, que al mismo tiempo estábamos aquí ella y yo... mientras ella servía en la cafetería de Los Ángeles.

—Pero eso es imposible...

—Claro que lo es. Sin embargo, pudo probarlo. Más tarde, vengo aquí en busca de una pista, y la encuentro sin vida en mi coche, para inmediatamente desaparecer el cadáver cuando hago venir al *sheriff*. ¿Es lógico todo eso, amiga mía?

—Lazenby, ¿por qué no me cuenta todo desde el principio? —me rogó ella, apoyándose en el volante de su coche, tras mirar a nuestras espaldas, a la invisible carretera, por la que ahora se alejaban, ululantes, las sirenas de los coches policial y sanitario—. Tal vez yo, que no estoy obcecada por idea preconcebida alguna, pueda serle útil.

—Nadie puede serlo, a la altura que hemos llegado —suspiré—. Pero sí, creo que necesito sincerarme totalmente con alguien, Modesty. Escuche, por favor...

Y comencé a narrarle todo, desde el momento mismo en que conocí a Samantha Carter en el Arena *Snack* de Santa Ana, Los Ángeles.

CAPÍTULO IV

Searchlight aparecía tan dormido y silencioso como siempre a esas horas.

Las escasas luces urbanas se veían brillar débilmente en la oscuridad uniforme del desierto, y su aglomeración de edificios, bajos en su mayoría, y formando una sola y amplia calle a lo largo del trazado de la carretera, eran simples bultos rectangulares en la noche.

Modesty Jordan y yo permanecimos un tiempo quietos, contemplando todo eso desde el interior del *ranger* parado cerca de la vivienda del juez de paz Hamilton Chase.

Nos miramos en la penumbra. Sus ojos azules brillaban. Tal vez también los míos.

—Creo que ya es buena hora —dije.

—Sí, creo que sí —admitió ella con voz apagada—. ¿Le acompaño?

—No, no —me apresuré a negar—. Usted quédese aquí, Modesty. Volveré enseguida. Estoy seguro de que no resultará.

—Pero hay que intentarlo. Y recuerde: no se ande con rodeos.

—No, eso ya pasó. Ahora sé cómo tengo que actuar —sonreí, apoyando espontáneamente una mano en su rodilla. Ella no retiró la pierna. Su piel era suave—. Gracias por ayudarme en todo, Modesty. Es usted una gran chica.

—No diga eso. Necesita ayuda. Y yo puedo prestársela en la medida de mis fuerzas, eso es todo.

Asentí. Presioné su rodilla con afecto, y salí del coche. Miré a mi alrededor. La soledad del paraje era absoluta, lo mismo que el silencio. Había aire esta noche, y se escuchaba su silbido áspero en el desierto. Durante el tiempo que habíamos permanecido ocultos, eludiendo la vigilancia y búsqueda de los coches policiales de Nevada en todo aquel día, y aprovisionándonos de las viandas que

Modesty llevaba en su coche, también había soplado desagradablemente, pero no con la intensidad de ahora.

Avancé hacia la casa del juez de paz, subiéndome las solapas y ocultando mi rostro al golpe seco y frío del aire. La arenilla del desierto llegaba hasta allí a ráfagas.

Esta vez no iba en visita de cortesía ni a suplicar que me identificasen. Algo estaba ocurriendo en torno mío. Algo siniestro e inexplicable. Y estaba dispuesto a descubrirlo. A toda costa, ahora que sabía que yo tenía toda la razón.

Llamé a la puerta con energía. Esperaba oír la voz del juez, preguntando quién era, pero fue la de su esposa la que respondió a través de la puerta cerrada:

—¿Quién es?

—Abra, señora —alteré mi voz lo más posible—. Se trata de una boda...

—Ya voy, ya voy —el pestillo fue corrido, la puerta se abrió, y asomó la señora Chase. Yo incliné la cabeza, manteniendo oculto mi rostro en las sombras nocturnas—. Pase, por favor. Mi esposo vendrá de un momento a otro... ¿Y su pareja, señor?

La empujé sin rodeos y entré en la casa. Ella me identificó y se dispuso a gritar. Yo aferré a la dama con energía, sujetándola contra la pared y taponando su boca con mi mano zurda. La retuve así, mientras ella contemplaba con ojos dilatados.

—Ni una voz, señora, o tendré que portarme peor con usted —mascullé—. Esta vez no vengo en son de paz, como puede comprender. Estoy harto de engaños, de mentiras y de ficciones. Usted y su esposo engañaron al *sheriff*. Sabe bien que me casó con Samantha Carter, y usted fue testigo. Vengo dispuesto a todo. Quiero la verdad, ¿entiende? ¡Sólo la verdad! Y la conseguiré como sea. De usted y de su esposo depende que sea por las buenas...

Y con mi otra mano, hurgué en el bolsillo, fingiendo llevar allí un arma. Ella reveló terror y meneó la cabeza frenéticamente. Parecía querer decir algo. La solté levemente, con otra seca advertencia:

—Un grito, y será el último, señora. Si me acusan de demencia, al menos que tengan toda la razón. No podrán hacer otra cosa que lo que ya pretenden: encerrarme de por vida.

Ella tomó aliento. Jadeó, sin gritar ni intentarlo siquiera. Parecía

aterrada.

—Usted... usted no puede... intentar matarnos... a mi esposo y a mí —gimió.

—He venido a por la verdad, señora. Si no la encuentro aquí, si se obstinan en negar, llegaré hasta donde sea, se lo aseguro.

Notó decisión en mi voz. Me miró, y mi rostro tenso, mis ojos clavados en ella, no debieron de gustarle demasiado. Se apresuró a gemir, con tono implorante:

—No, no, espere... No cometa un error irreparable, señor Lazenby...

—Vaya, parece recordar muy bien mi nombre, ¿eh, señora? —Reí, irónico—. ¿Dónde está su esposo? Tiene que confesar, tiene que darme ese certificado de matrimonio. Si no...

No me dejó terminar. Parecía estar segura de que yo iba a ser capaz de matarles a ambos si seguían negando. Su respuesta ahora casi me sorprendió:

—No, no... —gimió—. No hace falta que él venga. Está... está con alguien que podría perjudicarle mucho a usted... Yo le llevaré... Yo le llevaré hasta ese certificado de matrimonio que busca. Yo se lo facilitaré...

—¿Usted? —La miré, receloso, sin fiarme de ella lo más mínimo—. Está bien. Dígame dónde está. Y no piense en engañarme de nuevo. Esta vez no pienso tolerarlo, señora. Es mi libertad, acaso mi propia vida, lo que está en juego.

—Lo sé... —sollozó—. Sé que es su vida la que se juega. Y la de otros también. La nuestra, por ejemplo... Venga conmigo, señor Lazenby. Y nunca diga que yo se lo proporcioné... o ellos me matarían.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

—Oh, es igual —trató de eludir una respuesta—. ¿Qué importa eso ahora? Vamos, pronto, no podemos perder tiempo o podrían sorprendernos...

Me guió hasta el interior de la casa. Yo la sujetaba fuertemente por un brazo, dispuesto a todo si trataba de llevarme a una trampa. Esta vez no me condujo al despacho de su marido, como en la ocasión anterior. En vez de eso, me llevó hasta la cocina, Perplejo, la miré. Sin soltarla un instante, vi que se desplazaba hasta los tarros de especias de un estante. Tomó uno de ellos, el de la canela.

Lo puso sobre la cocina.

—Está ahí —jadeó—. El duplicado se lo llevaron ellos para destruirlo. Pero Hamilton siempre hace un triplicado. Yo lo guardé, en previsión de cualquier contingencia... Lo que no pudimos guardar es el libro de registro. Se suplió por otro de viejas hojas, rellenándolo de nuevo, con la excepción de su nombre.

No dije nada. Imaginé que también el libro del motel fue manipulado de otro modo, haciendo desaparecer una página 43 y encuadernando otra en su lugar. Al parecer, «ellos» eran capaces de todo. Abrí con una mano el tarro de canela. Vi que ella removía con sus dedos, hasta extraer un envoltorio de plástico con un documento doblado dentro. Le dirigí una breve ojeada, sin sacarlo del envoltorio manchado de canela.

Vi mi nombre, el de Samantha, la firma del juez... Era suficiente. Lo guardé con rapidez. Miré a la mujer, soltando su brazo. Seguía asustada, pero hubiese jurado que ahora no era yo quien la preocupaba hasta el punto de sentir miedo... sino «ellos», si llegaban a enterarse de esto.

—Gracias, señora —murmuré—. Dios la bendiga por esto que hace en mi favor. Es la única prueba que tengo para demostrar que digo la verdad...

—Váyase pronto —suplicó ella con voz ronca—. Por favor, corremos peligro...

Asentí, dando media vuelta para dirigirme a la puerta de la cocina, que daba a un huerto trasero. Era demasiado tarde.

Esa puerta se abrió bruscamente. Apareció alguien a quien ya había visto antes de ahora. ¡El joven de la cazadora de cuero con cremallera, el conductor del coche amarillo! Llevaba consigo al juez Chase. Y empuñaba una pistola automática, con silenciador, en su mano derecha.

Se quedó mirándonos asombrado. El juez lanzó un grito. Su esposa gimió:

—Dios mío...

—¡Lazenby! —gritó el joven, clavando en mí unos ojos duros como el acero. Y alzó el arma sin vacilar.

Me tiré rápidamente hacia abajo, al tiempo que corría agazapado hacia la otra salida, la principal. Oí un taponazo seco a mi espalda. Algo zumbó desagradablemente junto a mi cabeza.

Cuando salí de la cocina, sonó el segundo disparo silenciado, y otra bala maulló en una esquina del muro, levantando astillas y estuco. Unas pisadas rápidas corrieron tras de mí. Me volví, exasperado, tomando un gran florero de un rincón del gabinete.

Apenas apareció el joven de la cazadora de cuero, lo arrojé contra él, justo cuando disparaba de nuevo. El objeto se hizo pedazos contra su cabeza y su cuerpo, y noté que se tambaleaba, vacilante, aunque sin soltar el arma, manchado por la tierra y los arbustos del florero. Juró, rabioso, intentando alcanzarme de nuevo. Pero ambos disparos le fallaron esta vez por mucho.

Corrí con más energías que nunca, alcancé la puerta y salté al exterior, cerrando tras de mí. Una bala se clavó en la madera. Grité a Modesty:

—¡Pronto, el motor en marcha, Modesty! ¡Viene tras de mí un tipo armado con pistola silenciosa!

Roncó el motor del coche *ranger*. Lo alcancé cuando la puerta de la casa se abría, perfilando la silueta de mi agresor en su rectángulo de luz. Era un blanco perfecto. Nunca lamenté tanto carecer de un arma de fuego.

Modesty estaba ya poniendo en marcha el vehículo. Vi que mi perseguidor alzaba el arma nuevamente. Avisé a Modesty:

—Va a disparar sobre nosotros... ¿Qué se puede hacer?

—Sólo esto —dijo.

Y comenzó a dar vueltas al volante a un lado y otro, logrando un zigzag vertiginoso, a la vez que hundía a fondo el pie en el acelerador. Su automóvil parecía brincar, aludiendo los impactos de bala con cambiantes en el trazado. La fortuna de tener cerca un edificio, tras cuya esquina giró con rapidez, impidió que el individuo pudiera hacer más de tres disparos, todos fallidos.

—Sin duda habrá venido con su coche, uno amarillo que vi en el motel —señalé—. Es preciso alejarse lo antes posible. Ojalá nuestro coche sea más potente que el suyo...

—Sí, ésa es nuestra única oportunidad —admitió ella, sin quitar el pie del acelerador, lanzados ya como un bólido por la oscura carretera.

Y poco más allá, decidió de nuevo hundirse en el desierto, aprovechando las condiciones «todo terreno» del vehículo, abandonando la ruta de asfalto. Nos sumergimos en la arena y en la

noche. Poco más allá, detuvo el vehículo, apagando el motor, los faros y cuánto podía delatarnos. Y esperó, paciente, apoyada al volante, fija su mirada, con la mía, en la interminable carretera que cruzaba el desierto.

Cosa de dos minutos más tarde, un coche amarillo pasaba vertiginosamente, perdiéndose en la oscuridad. Modesty respiró hondo a mi lado.

—Uf... —murmuró—. Fue una buena idea. Ese coche es mucho más rápido que éste. Pero no puede moverse por el desierto. Es nuestra ventaja, Leslie, y hay que aprovecharla.

La miré en la oscuridad, asintiendo. Sólo podía percibir su aliento. No veía nada. Lentamente, me fui habituando a la oscuridad. Unas lejanas estrellas se reflejaban en las azules pupilas de ella. Y en sus blancas manos apoyadas en el volante.

—¿Logró algo? —me preguntó, tras un silencio.

—Sí —dije roncamente—. Una copia de mi certificado de matrimonio con Samantha Carter.

—¡Eso es magnífico! —aprobo ella.

—Lo es. A menos que el juez me acuse de obligarle a falsearlo. Espero que la firma de Samantha impida prosperar esa acusación.

—¿Obtuvo algún detalle de esta conspiración?

—Pocos. La señora del juez habló varias veces de «ellos», pero no mencionó quiénes eran. Evidentemente, uno es ese joven que me hizo salir del *bungalow* aquella noche. Mientras tanto, otro compinche suyo raptó a Samantha. Luego, cuando estuvo muerta, nuevamente uno de ellos la ocultó en mi coche y, al verme que iba a denunciar la presencia del cadáver al *sheriff*, volvieron a quitarlo. Tal vez esté en ese coche amarillo ahora.

—O sepultada en el desierto —suspiró Modesty.

—Sí, falta mucho aún por averiguar. Entre otras cosas, por qué Samantha estaba a la vez en Los Ángeles y en Nevada...

—Creo que tenemos que aprovechar nuestra ligera ventaja de ahora, Leslie —me sugirió la joven de repente.

—Sí, pero ¿cómo? ¿Qué otra cosa podemos hacer, sino permanecer lejos de la carretera, donde ese individuo del coche amarillo o la propia policía puede dar con nosotros?

—Conozco un sitio, algo más allá de Searchlight, donde podemos ocultarnos, al menos por esa noche —suspiró Modesty—.

Una antigua compañera mía de trabajo montó una pequeña pensión para viajeros, cerca de la divisoria con California. ¿Qué tal si intentamos llegar allí? Ella nos acogerá, estoy segura. Es una buena chica. Y nadie sospechará que esté usted allí. Recuerde que, por ahora, Modesty Jordan no tiene nada en común con el evadido Leslie Lazenby...

—Eso es bien cierto —sonreí—. Pero, Modesty, esto es peligroso. Una mujer ha muerto, un hombre armado nos persigue... y sólo Dios sabe qué otros riesgos me acechan a mí y a quien vaya conmigo. ¿Cree que debe arrostrar todo eso, por un simple desconocido?

—No siga, Leslie —ahora fue ella quien puso una mano en mi pierna, y el roce me produjo un escalofrío—. El destino nos ha reunido en un mal momento, y no pienso dejarle sin mi ayuda, en lo poco que valga. No se hablé más de ello. Mi conciencia no me dejaría nunca en paz, si supiera que usted era víctima de ese complot por no ayudarle en todo.

—Gracias, Modesty. Estoy en sus manos —suspiré—. Adelante.

Ella puso el vehículo en marcha. Volvimos a la carretera y cruzamos Searchlight a toda velocidad, en dirección a la divisoria estatal con California. Fue por el camino cuando la terrible noticia llegó a nosotros.

Modesty había conectado una emisora local que transmitía músicaailable. En un momento dado, la emisión se interrumpió, y un locutor dio lectura a un boletín de noticias de actualidad. La última de ellas heló la sangre en nuestras venas:

—En este preciso instante, señoras y señores, nos llega un despacho de la policía local, de carácter urgente, por el que se informa de que el juez de paz de Searchlight, Hamilton Chase, y su esposa Sarah han sido muertos a tiros de pistola en su propio hogar. Se sospecha que el asesino pueda ser Leslie Lazenby, el californiano que huyó de una ambulancia esta misma mañana, cuando era trasladado a un centro psiquiátrico de Las Vegas. Por tanto, se previene a todo el Condado contra la presencia de un criminal paranoico, tan peligroso como el citado Leslie Lazenby...

Modesty cerró el receptor de radio. El coche rodó en un silencio mortal.

CAPÍTULO V

—Asesinados... ¡Asesinados ambos!

—Calma, Leslie. Ya nada podemos hacer. Resulta inútil torturarse con ello...

—Ese canalla... ese joven criminal... —mascullé, pese a sus indicaciones, paseando por el dormitorio de la pensión como un tigre enjaulado—. Debí asesinarles a sangre fría, cuando regresó a la casa, antes de iniciar nuestra persecución. Así silenciaba a dos testigos y, de paso, echaba sobre mí una nueva culpabilidad... Dirán que acudí a vengarme de ellos... Todos creerán que soy culpable, Modesty... Ahora, incluso ese certificado de matrimonio resultará acusador. Dirán que lo robé y les asesiné por mentir... ¡Es una maldita trampa de la que no hay salida posible, Modesty!

—Por favor, Leslie, no puedes desesperarte ahora y dejar de luchar —me replicó ella vivamente—. Estamos metidos ambos en esto, ¿no es cierto? Sabes que pueden acusarme de cómplice o encubridora cuando nos den caza a los dos. Y, sin embargo, no me importa. No me importa nada, salvo ayudarte, sacarte de éste lío en que estás metido.

—Tú... —Me detuve, mirándola entre sorprendido y emocionado—. ¿Tú, que no tendrías por qué verte metida en todo esto, dices algo así?

—Ya me has oído —sonrió animosa—. Estoy a tu lado, ¿no? Estamos aquí, momentáneamente a salvo...

—Tu amiga, la dueña de esto, puede oír la radio y llamar a la policía...

—Claro que puede hacerlo. Pero tal vez no lo haga sin antes hablar conmigo. Leslie, has de tener fe y seguir luchando. Hasta el fin.

—Modesty, ¿por qué estás embarcada conmigo en esta nave? ¿No ves que se hunde?

—Pues si se hunde, nos hundiremos juntos —me sonrió alentadora—. Yo diría que estamos metidos en un buen temporal, y con una vía de agua, pero aún no nos hemos hundido.

—Oh, Modesty, sigo preguntándome por qué... por qué tienes que arriesgar tanto por mí, un desconocido... Por qué sigues conmigo...

—Leslie, no me preguntes nada —me pidió, suplicante, poniendo sus dedos en mis labios—. Es mejor así, te lo ruego. No preguntes. Hay cosas más importantes que hacer ahora.

—¿Cosas que hacer? —dudé—. ¿Aquí escondidos, mientras todo el país cree que soy un asesino desequilibrado y vengativo?

—Tratemos de razonar, de ver claro —ella se detuvo ante el espejo de cuerpo entero que había en la habitación, se miró pensativa, quizá sin ver siquiera su bonita figura, y comenzó a hablar pausadamente—: Sabemos que es un complot en el que hay más de una persona mezclada. Sabemos también que todo comenzó con tu boda... o un poco antes. ¿Por qué no con el momento en que conociste a Samantha? ¿Qué sabías realmente de ella?

—Muy poco —admití—. Fui varias veces al *snack* donde trabajaba, me gustó y le propuse un viaje. Descubrí que nos sentíamos atraídos mutuamente. Y nos casamos por el camino.

—¿No sabías más de ella?

—No. Lo que ella me contó. Resultó falso, porque no vivía donde dijo, ni su familia existía realmente en tal dirección. Luego, además, fingió no conocerme en absoluto.

—Leslie, no te precipites. Recapacitemos un poco —me miró a través del espejo—. ¿Parecía asustada por algo la chica con quien te casaste, Samantha?

—Bueno, no creo... Lo cierto es que miraba atrás con frecuencia durante las primeras millas de viaje. Luego pareció más tranquila. Creí que temía a su familia. Cuando llamó por teléfono desde la gasolinera, para decir a su familia dónde estábamos, yo...

—A eso iba. Ella llamó por teléfono. Sin embargo, no tenía familia.

—Es cierto. ¿A quién llamarías?

—A otra persona, evidentemente. Le dijo que estaba contigo en Searchlight, en Nevada. Luego fuisteis al motel, y ocurrió lo demás. No pudiste probar que ella existía, porque ya se habían cuidado de

borrar todas las huellas cuidadosamente, allí por donde pasasteis. Entonces regresas a Los Ángeles, y Samantha finge no conocerte. Vuelves a Las Vegas... y Samantha lleva muerta bastantes horas. Por tanto, no podía estar en Los Ángeles.

—¡Pero yo la vi allí! No podía confundir a Samantha con ninguna otra, compréndelo.

—Sí, lo comprendo —ella se miró, pensativa, en el espejo. Meneó la cabeza—. Tú no podías equivocarte, puesto que te habías casado con ella. Estoy segura de que tampoco me confundirías con otra mujer...

—¿A ti? —negué—. No, cielos, claro que no. Cuando no estamos juntos, tampoco podré olvidar cada rasgo de tu rostro, de tu figura. Te recordaré siempre, Modesty.

—De modo que no podrías confundirme con ninguna otra.

—No, con ninguna.

—A menos que vieses mi imagen en el espejo —rió suavemente ella—. Ésa si es idéntica a mí, ¿no crees?

—Por supuesto —asentí, sonriendo—. La imagen del espejo es siempre igual a la de la persona que se mira en él. Como dos gotas de agua...

Me paré en seco. De repente, algo asaltó mi mente. Me precipité hacia Modesty. La aferré de una mano con tal fuerza, que la vi torcer el gesto, dolorida. Pero no se quejó.

—¡El espejo, Modesty! —repetí, angustiado.

—¿Qué es lo que dices? —se sorprendió ella, mirándome fijamente.

—¿No lo entiendes? —señalé la superficie azogada—. Tu imagen... es *igual*. Tú y tu imagen. Dos mujeres *iguales*... ¿Entiendes ahora lo que quiero decir?

—Dios mío, Leslie... —Sus ojos azules se abrieron enormemente—. Creo... creo que sí.

—Sólo hay un medio de saberlo. Y no está aquí, en Nevada... ¡sino en Los Ángeles!

—Los Ángeles... —asintió nuevamente Modesty Jordan—. Sí, pero eso... puede ser peligroso, Leslie...

—No me importa nada en absoluto. Correré el riesgo. Tú quédate aquí. No quiero mezclarle más en este endiablado asunto.

—No, Leslie. No te dejaré ahora —me aferró por los brazos—.

Iré contigo, te guste o no. Después de todo, hemos compartido estas horas juntos. Nos hemos alojado aquí los dos. Íbamos a pasar la noche como marido y mujer...

—Modesty, eso no. Ya sabes que hay un sofá y...

—Eso, suponiendo que yo hubiera querido semejante arreglo —rió ella, maliciosamente, mirándome a los ojos, a los labios, de un modo que me hizo estremecer—. Vamos, Leslie. Lo intentaremos los dos. A cara o cruz. Ya no es momento de volverse atrás.

—Está bien —decidí; tras una larga vacilación—. Que Dios nos ayude.

Hasta el momento, nos había ayudado.

Lois Prentiss, una atractiva muchacha de color, camarera del *Arena Snack*, acabó de escucharnos, sentados los tres en un reservado de un club nocturno cerca del *Arena*, y acabó asintiendo.

—Sí —admitió—. Yo he notado esos cambios de carácter en Samantha. Había días en que era una compañera encantadora y agradable. En ocasiones, se volvía huraña y agresiva. Muy variable, la verdad. A veces habíamos comentado que no parecía la misma...

Modesty y yo nos miramos rápidamente. Pero ninguno comentó nada. La negrita, a su vez, nos miró a nosotros, algo preocupada.

—¿Le ocurre algo a Samantha? —se interesó.

—No, ¿por qué habría de ocurrirle? —negué con una sonrisa amistosa—. Usted me habrá visto por el *snack* muchas veces...

—Claro que le he visto —asintió la negrita guiñándome un ojo y mirando de soslayo a Modesty—. Los chicos guapos nunca me pasan desapercibidos. Pero usted era asunto de Samantha, y yo no me meto nunca en quitar el chico a una compañera. Ahora veo que ha cambiado de pareja...

—Lo de Samantha era diferente —y mentí con todo cinismo—. En realidad soy médico psiquiatra. Ella me interesó desde un principio, como paciente, porque advertí en ella una fuerte personalidad paranoica. Es decir, que virtualmente había dos personas en ella, ¿comprende?

—Sí, claro. He visto cosas así en el cine y en la televisión —asintió la camarera de color—. Pobre chica... ¿Qué podemos hacer para ayudarla?

—Mi enfermera y yo necesitamos verla lo antes posible. Se me evadió al ver que yo trataba de curar su dolencia. Ahora no sé

dónde hallarla, porque me dio un domicilio falso, pruebe evidente de su doble personalidad.

—Bueno, eso no es problema. Yo sé dónde vive.

—¿De veras? —Procuré dominar mi tensión—. Entonces puede sernos de mucha ayuda, Lois. Y al mismo tiempo, ayudará notablemente a Samantha, se lo garantizo.

—Tiene ahora un apartamento en Van Burén Boulevard, 680. Cambia mucho de alojamiento últimamente. Será por lo que usted dice, claro. Y creo que se ha despedido de la cafetería y se marcha dentro de dos o tres días...

Le di las gracias, asegurándole que había hecho por Samantha más que diez médicos a la vez, y la negrita Lois Prentiss se quedó tan orgullosa de sí misma. Abandonamos precipitadamente el local donde habíamos localizado a la compañera de Samantha en Los Ángeles, y tomamos un taxi hacia Van Burén Boulevard. Por el camino, no hablamos apenas.

Miré a Modesty y ella a mí. Estábamos pensando lo mismo.

—Samantha Carter tiene miedo —dijo Modesty.

—Sí —asentí—. Está aterrorizada. ¿Por qué?

—No lo sabremos hasta saber, exactamente, *quién* es en realidad Samantha Carter.

—¿No crees que sea ése su nombre?

—Claro que no —rechazó Modesty—. Oculta algo. Alguien murió por ella, y ahora teme que la amenaza de los asesinos la alcance sin remedio. Por eso se va de aquí.

Asentí. Las cosas empezaban a encajar, aunque todavía faltaban muchas piezas. Cuando el taxi se detuvo frente al 680 de Van Burén, comprobamos que se trataba de un edificio de apartamentos. Y apartamentos lujosos, además. Samantha sabía elegir residencia. O tal vez así pensaba estar más segura, más a salvo de algo o de alguien...

Localizamos su apartamento fácilmente, en el indicador del vestíbulo. El conserje y telefonista nos dijo que la señorita Carter tenía rigurosamente prohibidas las visitas. Y lo dijo en un tono que no admitía réplica.

Yo iba a objetar algo, pero Modesty me tomó por un brazo, apartándome de recepción y llevándome a la calle. La miré, perplejo.

—Pero tenemos que entrar, Modesty... —me quejé.

—Y entraremos —asintió ella—. Sólo que no podemos hacerlo por la fuerza. Samantha le habrá dado instrucciones de avisar a la policía si alguien intenta entrar a verla, pese a su prohibición. Lo haremos con astucia, Leslie. ¿Te has fijado en el cuadro telefónico? Para atenderlo, hay que volverse de espaldas a aquellos ascensores. Voy a llamar desde aquella cabina pública. Cuando él tome el teléfono, entra rápido y ve a los ascensores. Le entretendré, preguntando por una firma comercial que ocupa la planta segunda, por lo que he visto en los indicadores. Ve deprisa. Me reuniré contigo.

—¿Cómo podrás pasar tú? —dudé.

—Eso no es difícil —sonrió—. Una mujer tiene muchos trucos. ¿Crees realmente que mi cabellera es propia? Se trata de una hermosa peluca rubia. Por debajo, soy castaña. Eso y las gafas de sol que llevo en el bolsillo, mas la chaqueta quitada, me cambiará lo suficiente. Preguntaré por cualquier otra persona de la casa, y pasaré, ya lo verás. Espérame ante la puerta del apartamento de Samantha.

Asentí, esperando a que resultara todo como ella imaginaba. La rapidez de ideas y la habilidad femenina de Modesty para adaptarse a las peores situaciones era increíble.

Resultó. El conserje se volvió al sonar el teléfono. Yo, sigiloso, pasé rápido a su espalda, pegado a un muro del amplio vestíbulo, y me metí en un ascensor antes de que él volviera a su posición habitual. Momentos más tarde, estaba ante el apartamento de Samantha.

Esperé, confiando en que todo saliera igualmente bien. Modesty tuvo razón. Sólo unos minutos más tarde, se reunía conmigo, sonriente. Estaba igualmente atractiva sin su peluca rubia, su cabello era color miel, muy corto y suave.

—Cuando un tal señor Smitthy a quien me he anunciado como amiga de su esposa vea que no llego, avisará abajo —rió—. Pero ya importará poco para entonces...

Miré la puerta cerrada. Me dispuse a llamar. Modesty me paró de pronto, señalando algo.

—Mira eso —dijo—. No está cerrada.

Sobresaltado, comprobé que una vez más tenía razón mi

compañera. Había una rendija en la puerta, que yo no había advertido antes. Tras una indecisión, empujé lentamente. La hoja de madera cedió. Era nueva, sólida y bien cuidada. Ni un leve chirrido emitió.

Había luz en el apartamento, allá al fondo. De nuevo me sentí inquieto y anhelé con toda mi alma un arma de fuego. Pero no era momento de volverse atrás.

—Ocurre algo —susurré.

—Si —asintió Modesty, a mi lado—. Vamos, hay que ver qué es ello...

Avanzamos con cautela. Al fin, llegamos a un suntuoso y amplio *living*.

Allí estaba Samantha Carter. Sólo que, una vez más, me enfrentaba con un cadáver. Samantha estaba muerta, caída junto al sofá. Bastaba mirarla para saberlo, porque esta vez no la habían estrangulado con una corbata, sino que la aplastaron el cráneo con una estatuilla de bronce caída junto al cadáver. Los cabellos rojos de Samantha lo parecían más aún, en el horrible amasijo de sangre de su occipital hundido.

—Dios mío —gemí—. Otra vez... Samantha ha muerto dos veces, Modesty.

—Sabes que no, Leslie —dijo ella, moviendo lentamente la cabeza de un lado a otro—. El cadáver del portamaletas era realmente el de la Samantha que tú conociste y con la que te casó el juez Chase. Esta infortunada era sólo *su hermana gemela*... La que tenía que haber sido víctima, desde un principio, de los asesinos de Nevada.

—Muy inteligente deducción, señorita —dijo la fría voz a nuestra espalda—. ¿Quiere decirme cómo sabe usted tanto de todo esto?

Nos volvimos vivamente, pero sin intentar nada, porque imaginamos que esa voz helada y amenazadora iba apoyada en un arma mortal.

Teníamos razón al pensar así Modesty y yo. El hombre nos encañonaba con un revólver. Tras él, un joven de cazadora de cuero con cremallera sonreía malignamente, con su pistola con tubo silenciador en sus manos.

—Usted... —Silabeé, mirando al hombre del revólver—. Debí

haber imaginado que todo era cosa suya... *sheriff* Cole.

CAPÍTULO VI

—Mía... y de mi hijo, querido Lazenby —dijo el *sheriff* del condado de Clark, en Nevada, con dura sonrisa, señalando al joven de la negra cazadora—. Es un buen colaborador de su padre, cuando llega el caso.

—De modo que ustedes son «ellos»... —mascullé lleno de ira—. Los secuestradores de Samantha, sus asesinos posteriormente, como lo fueron de los Chase, marido y mujer... Y ahora de ella...

—Eso es —asintió Cole—. Ahora de Ivy Murray.

—¿Ivy Murray? —repetí sordamente—. ¿Ése era su nombre?

—Sí, ése era su nombre. Ivy y Samantha Murray, hermanas gemelas. Estúpidos de nosotros... Ignorábamos esa circunstancia, porque ellas la utilizaban siempre sin revelarla a nadie. Por eso confundimos a Samantha, su esposa, con su hermana Ivy. Fue un desgraciado error que había que subsanar lo antes posible, porque dentro de una semana es la vista...

—¿La vista? —Yo iba de sorpresa en sorpresa—. ¿Qué vista?

—Se refiere al proceso contra el mafioso Rocco Morante, rey de la Mafia en Nevada, dueño de casinos y hoteles en Las Vegas... y financiero privado del senador Elmer Vallee de Nevada, cuyas ambiciones para el futuro político van incluso hasta la Casa Blanca, ¿no es cierto, *sheriff*?

Derek Cole se quedó estupefacto, mirando a la joven camarera del motel Cactus Inn, que tanto parecía saber. La verdad es que yo también, pese a conocer la inteligencia y capacidad de mi compañera, la dirigí una mirada de asombro.

—¿Cómo sabes todo eso? —Gruñí.

—Sí, señorita Jordan, ¿cómo sabe tanto sobre Morante y el senador Vallee? —se interesó el *sheriff*, dominando su sobresalto—. Eso es algo que sólo unos pocos conocen. Lo malo de Ivy Murray es que era testigo de la acusación contra Morante... y contra Vallee,

por el desgraciado hecho de haber presenciado un día accidentalmente la entrega de una suma de dinero, por parte de Morante, al senador Vallee, acompañado de ciertas frases y datos reveladores y muy acusadores, fáciles de comprobar tras una declaración ante el jurado. Pero usted... la recuerdo como camarera de aquel motel últimamente. ¿Por qué sabe tantas cosas?

—*Sheriff* Cole, ustedes no han sido tan inteligentes como creyeron —dijo con lentitud la joven, mirando con ojos acerados al hombre de la Ley en Nevada—. Desde un principio, era lógico suponer que un hombre como Vallee, influyente y poderoso en su estado, tendría de su parte a ciertos elementos de la Ley fáciles de corromper. Uno de ellos era usted, que incluso arrastró a su propio hijo a tan lucrativas tareas. De ese modo, tenía que participar en la eliminación de un testigo como Ivy Murray, y por ello cayeron sobre su hermana gemela Samantha, confundiendo a una con otra. Lo malo de Samantha es que debía de ser una chica muy impulsiva y poco sensata, que no dudó en cruzar la divisoria con un hombre que le gustaba e irse a Nevada, a la propia boca del lobo, donde el cerco se cerró fatalmente sobre ella. Usted, Cole, era la única persona que podía coaccionar a jueces, a empleados de gasolineras y hoteles, hacer alterar sus declaraciones, sustituir a empleados de gasolinera demasiado honestos, hacer reparar un teléfono público averiado en pocos momentos, y borrar libros de registro, cambiándolos por otros o encuadernando hojas falsas. Así, harían creer que el marido de la víctima estaba rematadamente loco, y el crimen quedaría impune. No contaron con un hombre tan obstinado como Leslie Lazenby, ¿verdad?

—Lo que no contamos es con una muchachita tan inteligente. Para ser camarera, sabe demasiado. Y usted llevaba poco tiempo en ese motel —la encañonó, decidido—. ¡Pronto! ¿Quién es usted, jovencita? ¡Responda, o la coso a tiros! Será un crimen más a añadir a los ya cometidos por Leslie Lazenby, que al final se suicidará, cerrando el caso... Vamos, no me haga esperar. Diga quién es, exactamente.

—Nunca he mentido sobre mi nombre —suspiró la joven—. Modesty Jordan. Agente Especial de la Oficina Federal de Investigación.

Aquello sí que era una sorpresa para mí. Me quedé mirándola

con infinito asombro. Cole y su hijo cambiaron una mirada frenética.

—El FBI... —Sonó ronca la voz del *sheriff*—. ¿Es que el FBI está metido en ese asunto, maldita sea? ¡No creo una sola palabra de lo que ha dicho!

—Pues es verdad, papá —objetó su hijo, tras arrancar el bolso a Modesty y extraer de él una credencial federal y una pistola automática—. Es quien dice ser. Departamento de Investigaciones de Asuntos de Seguridad Nacional. Esto no me gusta, papá.

—Calla, Charles. —Derek Cole nos miró Coléricamente—. De modo que investigaban ya al senador, ¿no es cierto, señorita Jordan?

—Muy cierto —asintió Modesty con toda tranquilidad, mientras yo la contemplaba estupefacto—. Morante y la Mafia tienen intereses en la alta política del país, y eso afecta a la seguridad nacional, porque el senador Vallee planea un atentado presidencial en breve plazo, para que cuando sea él elegido candidato a la campaña electoral presidencial por su partido, tener las máximas posibilidades de llegar a la Casa Blanca. Lo sabemos. Morante obtendrá para su organización una serie de grandes beneficios económicos y políticos, a cambio de su apoyo financiero actual, y de la intervención de sus profesionales del crimen en el magnicidio previsto. Como ve, estamos muy bien enterados de todo. El presidente visitará Nevada en breve. Es la fecha prevista para el asesinato presidencial, ¿verdad? La pobre Samantha, como simple camarera de otro local de lujo donde estuvo anteriormente, en otro estado, tuvo la desgracia de interrumpir una conversación y una entrega de fondos. Desde entonces, su vida no valió un centavo. Pero no va a ser necesario su testimonio para hundirles a todos, porque ella misma escribió al FBI, con su nombre de Ivy Murray, no hace mucho, enviando una serie de evidencias, y una confesión total, firmada y manuscrita. Muchas cosas van a saltar por los aires, Cole, maten ustedes a quienes maten.

Ambos hombres estaban lívidos ahora. Pero el hijo advirtió, con voz dura:

—Papá, de todos modos estos dos deben morir. Nuestros nombres no se mezclarán en el asunto...

—No sean ilusos —rió Modesty—. ¿Green que podrán salir

impunemente de este edificio cuando nos hayan asesinado? Por favor, miren por la ventana. Vinieron silenciosamente, porque yo así lo pedí. Pero están ahí ya. Esperándoles... Tienen sus nombres. Supe siempre que eran ustedes, los Cole padre e hijo. Recuerde que tenía la matrícula de su coche amarillo, Charles, sólo con vigilarle en el motel...

El joven Cole, mortalmente pálido, fue a la ventana. Asomó. Retrocedió, convulso.

—Papá, es cierto... —jadeó—. Toda la calle... Está el edificio rodeado de coches policiales y federales. Hay hombres con fusiles ametralladores en cada esquina, en la acera...

—¡Maldición! —Derek Cole miró angustiado en torno. Luego clavó unos ojos llenos de odio en Modesty—. Usted... Una mujer, puede vencernos a todos...

—No solamente yo, *sheriff* —rió ella—. El FBI conmigo...

La puerta del apartamento se abrió. Una voz enérgica avisó desde el corredor:

—Quienes estén ahí dentro salgan uno a uno, brazos en alto, o les cosemos a balazos. Policía federal, señores. Están rodeados.

Los Cole se miraron, patéticos. Dejaron caer sus armas al suelo. De buena gana les hubiera aplastado la cara a golpes a los dos. Modesty debió adivinar mis pensamientos, porque me miró con dulzura y negó despacio.

—Deja, Leslie —habló—. La justicia se ocupará de todos ellos...

Entraron los federales. Los Cole se entregaron sin resistencia. Los sacaron de allí, esposados. Un federal saludó deferente a Modesty.

—Estábamos a punto. Apenas telefoneó usted, vinimos hacia acá —dijo—. Buen trabajo, señorita Jordan.

—Sí, muy bueno —apoyé, mirándola dolido—. De modo que en la cabina telefónica de ahí afuera no sólo llamaste al conserje...

—No, no sólo a él —rió ella—. También al FBI... ¿Decepcionado por algo, Leslie?

—Sí, sólo por una cosa.

—¿Cuál?

—Llegué a pensar que me ayudabas... por mí. Porque sentías algo hacia mí.

—Y aunque hubiese sido así, ¿no estabas tú enamorado de otra, de Samantha, tu mujer?

—Tal vez estuve enamorado, no sé. Sólo sé que intenté vengarla. Pero está muerta. Y ya nada puede devolvérmela. Pensé empezar de nuevo. Con otra chica...

—¿Otra camarera? —rió de buena gana Modesty—. Piensa que sólo llevaba dos semanas en el trabajo, el tiempo justo para vigilar a Cole y a otros...

—Sí, lo supongo. Por eso me ayudaste. Gracias de todos modos, Modesty.

—Leslie, si pensabas invitarme a cenar cuando esto estuviera resuelto, el hecho de ser una agente federal no me impide aceptar —dijo, risueña, clavando en mí sus azules ojos.

—¿No estás casada o tienes novio? —dudé.

—Cielos, claro que no —soltó una suave carcajada—. Soy libre y sin compromiso. Y las chicas del FBI podemos casarnos, ¿sabes? Pero de eso supongo que hablaremos más tarde, Leslie...

—Sí, claro. Ahora me conformo con pedirte... ¿Quieres cenar conmigo, Modesty?

—¿A qué estamos esperando? —suspiró ella, tomándose del brazo y encaminándose conmigo a la salida, mientras la casa de la tragedia final quedaba llena de federales.

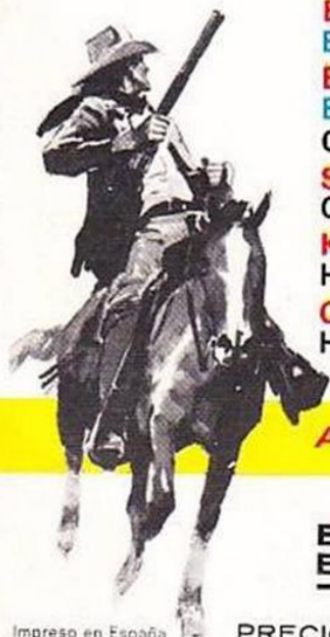
FIN

¡AHORA sí es posible!
*Puede usted saborear de
nuevo las más apasionantes
e inolvidables novelas de*

MARCIAL LAFUENTE ESTEFANIA

*a través de una selección
que ofrecen las Colecciones:*

BISONTE Serie Roja
BISONTE Serie Azul
BUFALO Serie Roja
BUFALO Serie Azul
CALIFORNIA
SALVAJE TEXAS
COLORADO
KANSAS
HEROES DEL OESTE
CALIBRE 44
HOMBRES DEL OESTE



ASEGURE SU EJEMPLAR

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.

